

LA MORAL SEXUAL EXPLICADA A LOS JÓVENES

André Léonard.

PRÓLOGO

Un mensaje a los jóvenes y a los menos jóvenes

Este libro se dirige a todos los cristianos –y aun en gran medida, a los no creyentes- preocupados por la cuestión de la moral sexual. Pero lo destino prioritariamente a los jóvenes. Pues son ellos, los y las estudiantes que encuentro en la Universidad, quienes me han llevado a reflexionar sobre estas cuestiones y también me han incitado a poner por escrito mis convicciones sobre la materia. Por eso me permito conversar familiarmente con ellos, tuteándolos.

Compartir una convicción

Cuando hablo aquí de “mis convicciones”, debes entenderme bien. Lo que expongo no son “mis” ideas en el campo de la vida sexual sino simplemente la enseñanza de Cristo y de la Iglesia. Enseñanza que ratifico con todo mi corazón, con la firme convicción de que es capaz –y lo es ella sola- de iluminarte y fortalecerte. Mi objetivo estará conseguido si logro hacerte compartir, interiormente, esta convicción.

Un campo neurálgico

La sexualidad, no es, sin duda, la dimensión más importante de tu vida, pero constituye ciertamente un campo neurálgico, un terreno delicado en el que afluyen los interrogantes. Puede tratarse de preguntas muy prácticas que te planteas sobre el encauzamiento de tu vida o de interrogantes más teóricos sobre el valor moral de tal o cual comportamiento, en el que no estás implicado personalmente. Me gustaría afrontar honesta y metódicamente unas y otros. Me parece que este itinerario es más necesario por cuanto, si en el pasado se ha hablado a los cristianos de moral sexual, hoy constato que muchos jóvenes no han sido apenas evangelizados en este campo.

LA PEDAGOGÍA DE JESÚS.

Para la concepción de la exposición he tratado de utilizar la única pedagogía que me parece eficaz, la de la verdad y la claridad, acompañadas de una gran preocupación de las situaciones personales. Ésta era, y creo no abusar al decirlo, la pedagogía de Jesús, que decía claramente y sin compromisos lo que Él había escuchado junto al Padre (cfr. Jn 12,49-50), pero infinitamente ansioso de encontrar a cada uno y cada una en el terreno de su propia vida, como lo testimonian sus encuentros con la samaritana (Jn 4,1-42), la mujer adúltera (Jn 8,1-11), la prostituta (Lc 7,36-50), etcétera.

ES NECESARIO PARTIR DEL DON DE DIOS

He hecho lo mismo en lo que concierne a la visión específicamente cotidiana de la sexualidad. A menudo se piensa respetar mejor a los jóvenes –o convencerlos mejor con suavidad- partiendo únicamente de su experiencia vivida, de sus convicciones espontáneas, para encaminarlos insensiblemente hacia la óptica cristiana en la materia. Me parece que esto ni es eficaz ni totalmente honesto. Prefiero, también en esto, la pedagogía del Nuevo Testamento –en particular de San Pablo- que comienza siempre por remontarse al don de Dios, a su acción en él, para sacar a continuación las conclusiones prácticas: “Si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios” (Col 3,1); “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Mortificad, pues, lo que hay de terreno en vuestros miembros: la fornicación, la

impureza, las pasiones, la concupiscencia y la avaricia que es una idolatría" (Col 3,3,5); "Como el Señor os ha perdonado, hacedlo así también vosotros" (Col 3,13); "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y ¿voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta?" (I Co 6,15); "Varones, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5,25), etc.

Un orden lógico

No he dudado en poner las cartas sobre la mesa. He comenzado por exponer el modo en que, en Jesús, Dios mira el cuerpo humano y el amor humano. He expuesto lo más claramente posible, aunque te exija un poco de esfuerzo y atención, lo que es, para Jesús, la sexualidad y la castidad. Y solamente después he tratado metódicamente, según un orden lógico, todos los problemas de la vida sexual. En cada caso, he tratado de buscar las preguntas muy precisas que puedes plantearte y, para terminar, he consagrado la última parte de la exposición a la práctica diaria de la castidad cristiana.

Te ruego desde ahora –como contrapartida de la pedagogía utilizada- que hagas el favor de leer en su orden los cuatro capítulos de este ensayo, aunque los dos primeros exigen un poco de concentración, y también el favor de no juzgar las partes más que a la luz del conjunto entero.

Que la gracia del Espíritu Santo te acompañe en esta lectura.

VIVIR EL PROPIO CUERPO COMO CRISTIANO

Todas las cuestiones que te planteas concernientes a la sexualidad provienen de que tienes un cuerpo. Si fueses un espíritu puro, como los ángeles, no tendrías este tipo de preocupaciones.

Además eres cristiano. Y quizá desearías serlo más intensamente. Y, en esta medida, buscas cómo vivir de Jesús, con Él y para Él.

Por ello te resulta necesario, como cristiano, relacionar con Jesús los problemas que suscita la dimensión sexual de tu cuerpo y, en último término, de tu ser completo. ¿Qué representa tu cuerpo para Jesús? ¿Y qué es el Señor para tu cuerpo? ¿Qué tiene que decirte en relación con los diversos aspectos de tu vida sexual? Pensando en todos estos interrogantes he titulado esta obra Jesús y tu cuerpo*.

Mostrarse digno de la propia humanidad

Ciertamente, lo que Dios nos dice a través de Jesús, ya lo ha inscrito de alguna manera en nuestro ser profundo, en nuestra naturaleza humana. Tal como lo ha creado con su sabiduría. Por eso, a todas las respuestas específicamente cristianas relativas a los problemas sexuales, corresponden también motivos simplemente humanos, argumentos puramente racionales, que están en la misma dirección aunque quizás no lleguen tan lejos. Sólo la moral cristiana, sólo la exigencia de la vida expansiva que Jesús ha confiado a su Iglesia va hasta el fondo de nuestros interrogantes. Sin embargo, los Mandamientos de Jesús no se dirigen exclusivamente a los cristianos. Interpelan también a todo hombre y a toda mujer que quiere mostrarse digno de su humanidad.

CUATRO ETAPAS

Para responder a las preguntas que te planteas –y que finalmente se plantea todo hombre y toda mujer- a propósito de la sexualidad, te voy a invitar a una reflexión en cuatro etapas:

1. Comenzaré por mostrarte cómo, a pesar de su fragilidad, nuestro cuerpo tiene, para el Señor, una eminente dignidad y una vocación de esplendor. Ésta será nuestra primera etapa: Jesús y tu cuerpo de gloria.

2. Después, veremos cómo Jesús ilumina todo el sentido del amor humano y de la sexualidad con su propia alianza conyugal con la humanidad, con su propio matrimonio de amor con la Iglesia. Ésta será nuestra segunda etapa: Jesús y el amor humano.

3. Como tercera etapa te propondré, bajo esta luz, un recorrido por todas las preguntas que se te plantean a ti –o a los demás- en el campo sexual, desde la masturbación y la homosexualidad o la fecundación artificial y el aborto, pasando por las relaciones prematrimoniales, el divorcio y la contracepción. Examinaremos cómo un cristiano está llamado por el Señor a situarse frente a todas estas realidades de una manera digna de Dios y de su propia humanidad: Jesús y los problemas de la vida sexual.

4. En la vida moral, que es un asunto de voluntad y de práctica, no es suficiente saber dónde está la verdad para vivirla automáticamente. Es necesario, además, comprometerse, cada uno según su estado de vida, en la buena dirección y emplear los medios concretos para levantarse de las caídas, crecer en el bien y perseverar en él generosamente con la gracia de Dios. Dedicaremos a este esfuerzo cotidiano, con vistas a una mayor pureza o castidad de vida, la cuarta y última etapa de nuestra reflexión: Jesús y la santificación de tu cuerpo.

André Léonard, Obispo de Namur.

*El título original en francés es Jesús et ton corps.

1. JESÚS Y TU CUERPO DE GLORIA

Grandeza y miseria del cuerpo

Un espíritu encarnado

Algunos temperamentos son sensibles sobre todo a la belleza del cuerpo humano. Otros a su fragilidad.

Me parece que es más normal –sobre todo a tu edad- estar impresionado por su grandeza.

¡Prodigiosa complejidad de nuestro cuerpo, de sus órganos y de su funcionamiento!

¡Milagro permanente de un espíritu encarnado! Pues yo estoy presente en mis ojos, en mi voz, en mis manos. Sin reducirme a él, soy de algún modo mi cuerpo. No decimos: “Mi cuerpo tiene calor” sino “yo tengo calor”. Por medio de mi cuerpo, en mi cuerpo, lo que hay de más espiritual en mí está como introducido en el corazón de la materia y actúa desde ese interior sobre el mundo. El cuerpo, ¡ese caballo de Troya del espíritu es la maravillosa ciudadela del universo físico!

Además de instrumento de acción sobre el mundo, tu cuerpo es, sobre todo, lugar de comunicación con los otros: Así con la oscilación significativa de la cabeza o el fruncimiento del ceño, con la sonrisa animante o el guiño de la complicidad, en el estrechamiento firme de la mano o la caricia prolongada: El cuerpo habla. Por medio de la voz, ciertamente, con el lenguaje articulado. Pero también por medio de todo el organismo. Hay un lenguaje del cuerpo como tal.

El lenguaje del sexo

En este lenguaje del cuerpo, el sexo tiene su lugar, relativo, pero a veces decisivo. En sí mismos, por su estructura y funcionamiento, los órganos sexuales masculinos y femeninos son una promesa de comunicación y una prenda de fecundidad. Permiten entrever el entrelazamiento posible de los cuerpos y de los corazones. Contienen un germen de vida que puede nacer.

Los dos aspectos están además estrechamente unidos entre sí: Es la sexualidad como lugar de comunicación física y espiritual de las personas y la sexualidad como potencia genital de reproducción.

Los órganos sexuales humanos están de tal modo dispuestos que llaman a la unión carnal cara a cara, rostro frente a rostro (caso único en el terreno de la sexualidad animal).

Todo el proceso de la producción masculina de los espermatozoides, todo el ciclo femenino con su arsenal de hormonas y finalmente toda la fisiología de la unión de la pareja, todo esto expresa, en la especie humana como en los demás vivientes, el ingenio obstinado de la naturaleza para transmitir la fecundidad biológica y para garantizar la transmisión de la vida.

Este lenguaje objetivo de los cuerpos y de su encuentro forma también parte indiscutible de la sexualidad humana. La capacidad de engendrar como la de dar ternura y placer, expresan la grandeza y la dignidad del cuerpo en su potencia de comunicación.

Pesadez y opacidad del cuerpo

Pero el cuerpo tiene también sus lastres y sus miserias. Es preciso no desconocerlos, pese a los esfuerzos de una publicidad idiota que pretende que los olvidemos. El cuerpo que tiene poder de comunicación y es lugar de intercambio, es también un factor de aislamiento y una fuente de opacidad.

Cada uno está, en cierto modo, encerrado por su cuerpo en sí mismo. Yo soy yo. Y tú eres tú. Estamos en la infranqueable distancia que va de nuestro cuerpo a cada uno de los demás. ¿Qué se oculta detrás de su rostro? ¿Qué mentira hay quizá detrás de esa palabra, o en ese gesto!

Incluso en la unión sexual los dos componentes de la pareja pueden permanecer profundamente extraños el uno al otro.

Tu cuerpo te permite obrar y transformar el mundo. Pero te expone también al sufrimiento y a la enfermedad y te encamina inexorablemente hacia la prueba de la muerte. Llegará un día en que tus fuerzas declinarán y tu cuerpo te hará traición. El cuerpo es acción pero es también pasividad y pasión.

Anarquía del instinto sexual

Y además, ¿cómo no sentirse afectado por los fracasos del cuerpo humano?: Las enfermedades incurables, las monstruosidades biológicas, las minusvalías físicas o mentales graves, etc. Pobres cuerpos de miseria...

Incluso en esta potencia de amor, de placer y de vida que es la sexualidad, hay aspectos tenebrosos que evocan la muerte, que ella contribuye a conjurar por medio de la reproducción.

Afortunadamente, en la pulsión sexual se manifiesta una fuerza que sobrepasa la clara lucidez de la conciencia. Es lo que permite al amor carnal ese desbordamiento vital, éxtasis de los corazones y de los cuerpos.

Pero el impulso del instinto oculta también una violencia ciega, un ímpetu anárquico, que recuerdan el salvajismo animal y disimulan una amenaza de muerte.

Nuestro cuerpo entre la gloria y la decadencia

Un cristiano, más que cualquier otra persona, no podría permanecer indiferente ante esta ambigüedad del cuerpo. Tal como lo experimenta en el presente, el cuerpo no ha llegado a su verdad definitiva. No somos más que la sombra de lo que seremos cuando llegue la resurrección.

Y además pertenecemos con todo lo que somos, comprendido también nuestro cuerpo, a un universo roto, a una creación que "se ve sujeta a la vanidad", como dice San Pablo (Rm 8,20).

No conocemos ya la integridad y la armonía de Adán y Eva antes de la caída y no conocemos aún el esplendor del mundo nuevo¹.

El cuerpo y la diferencia sexual entre el hombre y la mujer forman parte, ciertamente, del proyecto creador inicial de Dios y permanecerán para siempre.

Somos seres de carne, hombres y mujeres, para la eternidad. Pero en la condición actual de nuestro cuerpo y en el ejercicio de la sexualidad, se encuentran componentes ligados al mundo decadente del que formamos parte. Desaparecerán el día de la resurrección y quizá estaban ausentes de la existencia humana antes del pecado. Hablando del mundo futuro y de la resurrección de los muertos, Jesús mismo dice:

¹ Sobre los difíciles interrogantes planteados por la doctrina cristiana sobre el fin de los tiempos y el pecado original, puedes leer en los capítulos 10 a 12 de mi libro (fácil de leer): Razones para creer, Herder, Barcelona 1990.

"Los que sean dignos de alcanzar el otro mundo y la resurrección de los muertos, no tomarán ni mujer ni marido. Porque ya no podrán morir otra vez, pues son iguales que los ángeles" (Lc 20,35-36). Esto no significa que en la vida eterna no tengamos cuerpo, o que no seamos en adelante hombres o mujeres sino que quiere decir simplemente que al no estar ya amenazados por la muerte, no deberemos conjurarla por medio de la reproducción sexual.

En conclusión, un discípulo de Jesús será particularmente sensible al hecho de que, en el mundo presente, el cuerpo y el sexo, aun siendo radicalmente buenos, están marcados por cierta ambigüedad. Por eso he titulado este apartado: Grandeza y miseria del cuerpo.

Y sin embargo, según la fe cristiana es a este mismo cuerpo al que Dios destina a la gloria, y al que da, ya ahora, una incomparable dignidad, también en su dimensión sexual. Es lo que veremos a continuación.

El cristianismo, una religión del cuerpo.

La exaltación cristiana del cuerpo

Se acusa a la Iglesia de despreciar el cuerpo y menospreciar la sexualidad. Es cierto que siempre son posibles los deslices y sucede que hay espíritus pesimistas que no retienen, de la ambigüedad presente del cuerpo, más que los rasgos negativos. Pero en lo esencial, la Iglesia de Jesús es vehículo de la concepción más extraordinariamente positiva, en toda la historia humana, acerca de la condición carnal del hombre.

¡Dios tiene un cuerpo!

Como cristianos, afirmamos que, en Jesús, Dios mismo tiene un cuerpo por toda la eternidad. Pues Jesús es el Hijo de Dios hecho carne, el Hijo eterno del Padre hecho hombre en nuestra historia. El cuerpo de Jesús es, verdaderamente, el cuerpo de Dios.

¡Qué audacia explosiva en esta religión de la Encarnación que es la fe cristiana: Hay un cuerpo humano, el cuerpo de Jesús, que es el cuerpo de la carne de una Persona divina!

María, Madre del Verbo encarnado

Como todo cuerpo humano, el de Jesús ha nacido del de una mujer, María de Nazaret, esposa de José. María era virgen pero, en cuanto hombre, Jesús ha necesitado ser concebido por un cuerpo femenino; en cuanto que es verdadero Dios, Jesús no podía tener más padre que Dios mismo, a quien llama "su Padre" de una manera única. Permanece el hecho de que la Iglesia venera en María la verdadera Madre de Jesús y por tanto – puesto que Jesús es verdaderamente Dios- a la Madre de Dios.

Segunda audacia de esta religión del cuerpo que es el cristianismo: Hay una mujer de nuestra raza que en su cuerpo realmente virginal y realmente maternal, ha llevado el cuerpo humano de Dios y ha engendrado así verdaderamente al Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre.

Porque el cuerpo de Jesús es el cuerpo humano de Dios es fuente de curación y de gloria para toda la humanidad. Las multitudes no se engañaban cuando, durante su vida terrena, se precipitaban y trataban de tocarle porque de Él salía una fuerza que los curaba a todos (cfr. Lc 6,19).

Cuerpo humano y glorificado

¿No es además en su cuerpo de carne ultrajado, flagelado, crucificado, traspasado, en el que Jesús, como dice San Pedro, ha cargado con nuestros pecados sobre la cruz, a fin de que muertos a nuestros pecados, vivamos para la santidad? Por sus heridas hemos sido curados (cfr. I Pe 2,24).

¿Y no es este cuerpo de Jesús, nacido de la Virgen María, torturado sobre la Cruz, el que el Padre ha resucitado al tercer día, revelando en él la condición final del hombre, su condición de gloria?

Esta es la tercera audacia de la religión cristiana de la Encarnación: En su cuerpo crucificado, Jesús Hijo de Dios hecho hombre, ha llevado todo el peso de nuestros pecados y de nuestra muerte, ha triunfado sobre ellos y ha inaugurado la vida imperecedera del mundo nuevo.

Cuerpo realmente presente en la Eucaristía

Y ahora no creas que, después de la Resurrección y Ascensión, el cuerpo de Cristo queda confinado en los cielos, hecho extraño a nuestra condición humana. No. Aun perteneciendo al universo nuevo de la Resurrección, el cuerpo de Jesús permanece accesible en la Eucaristía que te ofrece la Iglesia.

Cuando recibes la Hostia consagrada, comes el Cuerpo de Dios, comulgas con el Cuerpo de quien ha llevado tus pecados sobre la Cruz. Cuando bebes el vino consagrado, bebes la Sangre de Jesús que ha brotado de sus manos, de sus pies y de su costado traspasado. Cuando recibes la Eucaristía, recibes el Cuerpo de gloria de tu Señor resucitado. Y cuando adoras el Cuerpo santísimo del Primogénito de entre los muertos, de quien te acogerá un día en los cielos nuevos y la tierra nueva que ha comenzado en Él el día de Pascua. ¡Es preciso tener la audacia de creer esto! Es la cuarta bomba cristiana que quiero hacer explotar ante ti.

La gloria de tu cuerpo

Hay una quinta y no es la menor. Desde tu Bautismo, te has incorporado a la vida de Jesús, y has sido destinado, si tú quieres, a la misma transfiguración. Desde entonces, tu cuerpo de carne es un templo en el que habitan las tres divinas Personas. ¡Qué inmensa es la dignidad de tu cuerpo, aun en la humildad y la ambigüedad de su condición actual!

Tu cuerpo, en el que el Espíritu del Padre y del Hijo pone su morada; tu cuerpo alimentado con el Cuerpo resucitado del Señor, tu cuerpo creado para la gloria.

Eres tú mismo quien está destinado a la resurrección, siguiendo a Cristo resucitado. Dios no ha hecho tu cuerpo para la podredumbre del pecado, para las cenizas de la muerte. Tampoco lo ha destinado al desolador anonimato de sucesivas reencarnaciones. No; ha hecho tu cuerpo, el tuyo, tu cuerpo único, para la vida que no termina.

¿Quién, fuera de la Iglesia, tiene un lenguaje tan audaz sobre la infinita dignidad y el destino eterno del cuerpo humano? ¿No tenía razón al titular esta primera etapa de nuestra reflexión: Jesús y tu cuerpo de gloria?

¿Y el sexo?

En esta eminente dignidad cristiana del cuerpo, el sexo tiene un lugar importante. Es lo que vamos a verificar pasando a la segunda etapa de nuestra reflexión: Jesús y el amor humano. Estamos entonces ya listos para examinar conjuntamente los diversos problemas que plantea a un cristiano, como a todo hombre, la dimensión sexual de la vida.

2. JESÚS Y EL AMOR HUMANO

En la primera etapa de la reflexión, hemos visto qué dignidad reconoce Jesús y le confiere a nuestro cuerpo de carne. ¿Ocurrirá lo mismo con la dimensión sexual de nuestra persona y con las realidades que conciernen al amor humano?

“Cristo ha amado a la Iglesia” (Ef 5,25)

“Hombre y mujer los creó”

Toda la Biblia manifiesta la bendición divina que reposa sobre el amor humano y, consiguientemente, sobre la sexualidad. ¿No está escrito desde el primer capítulo del Génesis: “Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó?” (Gn 1,27).

Como ves la diferencia sexual entre hombre y mujer, está relacionada con la creación misma del hombre a imagen de Dios.

Esto sugiere que a través del amor sexual y del hijo que es su fruto, el hombre y la mujer viven una comunión que se parece a la que Dios vive en el interior de Él mismo como Trinidad.

Un poema de amor en la Biblia

Todo un libro del Antiguo Testamento está consagrado a la celebración del amor, lleno de deseo y de complacencia mutua, que une al hombre y a la mujer. Este poema, en el que un amplio espacio está destinado al erotismo de buena ley, forma parte de la revelación bíblica, es decir, de la Palabra de Dios a la humanidad: Es el Cantar de los Cantares. Entre sus versículos más célebres se puede leer:

“Yo soy para mi amado y a mí tienden todos sus anhelos.
Ven, amado mío, vámonos al campo, haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas, veremos si brotó ya la vid, si se entreabren ya las flores, si florecen los granados y allí te daré mis amores” (Cant 7,11-13).

¿No es esto el comentario poético de lo que el Génesis expresaba ya diciendo: “Por ello el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y vendrán a ser los dos una sola carne” (Gn 2,24)?

El matrimonio de amor de Jesús

Jesús mismo ha bendecido el amor conyugal. No sólo con la presencia en las bodas de Caná (cfr. Jn 2,1-12) y por su oposición formal al divorcio y al segundo matrimonio (cfr. Mc 10, 1-12), sino viviendo Él mismo el más grande matrimonio de amor de toda la historia humana.

No me comprendas mal. Yo sé como tú que Jesús ha permanecido virgen, que no se ha casado; lo contrario habría sido impensable. ¿Cómo habría podido el Hijo de Dios hecho hombre, venido aquí abajo para la salvación de todos, vincularse de manera exclusiva a una persona determinada? Pero, precisamente, el amor con el que Jesús se dona y se entrega a la humanidad es comprendido por el Nuevo Testamento como una verdadera alianza conyugal.

Yo te uniré a mí para siempre

Ya el Antiguo Testamento había expresado el amor de Yahveh por su pueblo en términos de la unión conyugal entre el esposo y la esposa. “Te esposaré a mí, para siempre; te esposaré en justicia y derecho, en ternura y misericordia; te esposaré en fidelidad, y conocerás a Yahveh” (Os 2,21-22).

En el surco de esta tradición, San Pablo ha comprendido del mismo modo el amor de Cristo con su Iglesia. He aquí lo que escribe:

“Varones, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, para mostrar ante sí mismo a la Iglesia resplandeciente, sin mancha, arruga o cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada” (Ef 5,25-27).

¡La Iglesia es Alguien!

Para comprender bien este texto –que se lee frecuentemente en la Misa de bodas- te es necesario comprender que para Jesús, la Iglesia no es lo que la gente imagina a veces, o sea, una organización, una institución anónima, un montaje.

Para Jesús, la Iglesia es Alguien, somos todos nosotros, es la porción de la humanidad que acoge su amor y le corresponde. Es la compañía predilecta de su ternura por toda criatura.

Por eso, en su realidad más profunda, la Iglesia está simbolizada en una persona viviente: La Virgen María.

La Iglesia, esposa de Cristo

En esta perspectiva, el texto de San Pablo es muy expresivo. Cristo ha amado y ama a la Iglesia como a una persona, como un hombre puede amar a una mujer. Se ha entregado por ella sobre la Cruz y, a través de la historia, la purifica y la santifica con el agua del Bautismo.

Cada vez que son pronunciadas sobre un nuevo hijo de Dios las palabras rituales: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", Jesús arrebató otra persona al poder del mal y la incorpora a esta Esposa, que Él quiere santa e inmaculada, es decir a la Iglesia verdadera esposa de su amor.

El gran misterio del amor y de la sexualidad

En el interior de este amor de Cristo por su Esposa, en el cuadro de esta Alianza conyugal entre Jesús y todos nosotros los que formamos la Iglesia, los cristianos estamos invitados a situar el alcance último del amor entre el hombre y la mujer y, finalmente, a captar el sentido profundo de la sexualidad. Así, haciendo alusión un poco más adelante al grandioso misterio del amor humano, San Pablo especifica: "Éste es un gran misterio; quiero decir, que se aplica a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,32).

No, no es casualidad que Jesús, Hijo de Dios venido a este mundo, sea un hombre, mientras que la Iglesia es esencialmente femenina (la prometida, la esposa, la madre) y esté toda entera resumida en una persona: María. No es algo vano que, en el origen, Dios los haya creado varón y mujer. Todo esto significa que el amor humano está inscrito en el corazón mismo del pensamiento del Creador y que la unión conyugal del hombre y la mujer es indisoluble del más grande acto de amor de Jesús derramando su sangre sobre la Cruz para la salvación de la humanidad ¡Qué perspectiva tan grandiosa!

Nos queda ahora poner de relieve los rasgos principales de esta alianza de amor entre el que los teólogos llaman a veces el Nuevo Adán, es decir, Jesús, y aquella que designan como la Nueva Eva, a saber, la Iglesia, representada por María. Verás cómo estos rasgos iluminan la concepción cristiana del amor humano y especialmente del matrimonio.

¿Cómo ama Jesús a su esposa?

Cuatro rasgos característicos

Hay cuatro rasgos que caracterizan la alianza de amor entre Jesús y su Iglesia. Si los captas bien, habrás comprendido lo esencial de la concepción cristiana de la sexualidad.

1. Un regalo auténtico de sí

El amor que llena a Jesús toma la forma de una verdadera alianza. Pero quien dice alianza dice don de sí al otro. El amor de Jesús no está vuelto hacia sí mismo de forma narcisista. A imagen de la eterna vida de Dios que es una relación de amor entre las Personas divinas, Jesús ama en el olvido de sí, entregándose a sí mismo. "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5,25). Y San Pablo dice también: "Vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2,20).

2. Un amor del corazón y del cuerpo.

Esta alianza es simultáneamente espiritual y carnal. El primer punto es bastante evidente: Jesús te ama con toda su inteligencia, con toda su voluntad y todo el corazón, de una forma auténticamente espiritual. Quizá es más importante subrayar que te ama de una manera que, sin forzar el sentido de las palabras, podemos llamar "carnal". En efecto, para salvarte entero, para salvar el cuerpo de su Iglesia, ha consentido a favor de ella el desgarramiento de su cuerpo de carne.

3. "Con un amor eterno te he amado"

Se trata en efecto de una alianza indisoluble y fecunda. Indisoluble, pues, sean cuales sean nuestras infidelidades y nuestra traición, el Señor permanecerá siempre fiel hacia nosotros. Una vez concluida, la alianza, al menos por su parte, no puede ser rota. "Que se muevan los montes, que tiemblen los collados, no se apartará de ti mi misericordia y mi alianza de paz será inquebrantable" (Is 54, 10).

¿Qué es lo que Jesús ha querido decirnos a través de los sufrimientos de su pasión y de su cuerpo triturado, de su sangre derramada, de su Corazón traspasado, sino precisamente esto: "Con amor eterno te he amado" (cfr. Jn 13,1)?

4. Un amor generoso y fecundo

La alianza de Cristo y la Iglesia, indisolublemente fiel, es además fecunda, fuente de vida. Por este amor hemos nacido todos, como cristianos, a la vida nueva del Reino. Así también llamamos frecuentemente a la Iglesia "nuestra Santa Madre la Iglesia", significando con ello que todos los bautizados son los hijos, innumerables, de este amor, el fruto generoso de las bodas, celebradas en la Cruz, consumadas en la Eucaristía, entre Jesús y su Iglesia

Ya estamos en condiciones inmediatas de responder a las cuestiones muy concretas que tú te planteas sobre la vida sexual.

Hemos visto qué valor concede Cristo a nuestro cuerpo de carne. Ha sido nuestra primera etapa: Jesús y tu cuerpo de gloria.

Hemos recogido a continuación la luz que Jesús arroja sobre la sexualidad humana a partir de su propia alianza de amor con la Iglesia. Ha sido nuestra segunda etapa: Jesús y el amor humano.

En este contexto, ahora será posible abordar, uno tras otro, los problemas morales particulares ligados a la sexualidad. Podrás constatar en cada ocasión cómo las exigencias específicamente cristianas en la materia recogen y asumen las llamadas que brotan de nuestra dignidad humana.

Abordamos así nuestra tercera etapa: Jesús y los problemas de la vida sexual.

3. JESÚS Y LOS PROBLEMAS DE LA VIDA SEXUAL

En las etapas precedentes hemos visto cómo el amor humano vivido por Jesús reviste las siguientes características:

1. Una verdadera alianza
 2. Una alianza a la vez espiritual y carnal
 3. Una alianza indisoluble
 4. Una alianza fecunda
1. En referencia al primer aspecto, una verdadera alianza, trataremos de la masturbación, de la homosexualidad y de las relaciones extraconyugales y prematrimoniales.
 2. En correspondencia con el segundo punto, una alianza a la vez espiritual y carnal, hablaremos, por una parte, de la pornografía y de la prostitución, y por otra parte, de la inseminación artificial y de la fecundación in vitro.
 3. En relación con el tercer aspecto, una alianza indisoluble, examinaremos las cuestiones en torno al divorcio y el matrimonio de los divorciados.
 4. En relación con el cuarto rasgo, una alianza fecunda, discutiremos el problema de la anticoncepción y del aborto.

EL RESPETO DE LA ALIANZA

1. La masturbación

Un repliegue egoísta sobre sí mismo

La masturbación consiste en darse a sí mismo, solitariamente, el placer sexual por la excitación voluntaria de las partes genitales.

Por su misma naturaleza, la masturbación contradice el sentido cristiano de la sexualidad vivida como alianza de amor. No se encuentra en ella nada de la alianza recíproca y fecunda de Cristo y de la Iglesia.

El ejercicio de la facultad sexual queda privado de toda referencia afectiva con una pareja, en la medida en que el sujeto se repliega sobre sí mismo en el disfrute de sí mismo.

En el plano simplemente humano y psicológico, es bien conocido que la masturbación se produce sobre todo en la fase narcisista de la adolescencia, o bien cuando fracasos, o sufrimientos mal digeridos, empujan al individuo a volverse sobre sí mismo. La masturbación, comportamiento privado de la verdad del amor, deja a menudo insatisfecho a quien se entrega a ella. Conduce al vacío y al disgusto.

No llames bien a lo que está mal

Debes tener el coraje de pensar, y también de decir, que la masturbación es un mal. Escucharás con frecuencia argumentos que intentan defender que se trata de un comportamiento inofensivo, tan anodino como el beber, comer o transpirar. Es preciso saber desmontar esas razones.

Demostrar los sofismas

Se dirá por ejemplo: Si un muchacho no se masturba, de todos modos se liberará regularmente del exceso de esperma por una polución nocturna; en ese caso, ¿por qué no hacer uno mismo, cuando la presión se hace muy fuerte, lo que la naturaleza ha previsto de todos modos?

Pero justamente no es siempre bueno hacer con la libertad lo que la naturaleza biológica realiza espontáneamente. Una eyaculación nocturna inconsciente no implica ningún repliegue espiritual y psicológico sobre uno mismo, no hay alcance moral, mientras que la masturbación voluntaria, con las imágenes que la acompañan habitualmente, es un gesto egoísta, que empaña el alma y turba el corazón.

¿Es normal la masturbación?

Se puede decir que la masturbación es un fenómeno normal, ligado a la maduración psicológica del individuo o a una fase de frustración.

Lo importante es ponerse de acuerdo sobre el sentido de la palabra normal. Si se entiende por ello que la masturbación es un fenómeno frecuente y que entra como tal en las "normas" estadísticas, de acuerdo. Pero, ¿desde cuando el juicio moral se establece por los hechos registrados por las estadísticas? ¿Vas a dejar de proclamar que la injusticia es un mal y que la justicia es la verdadera "norma" de la vida social porque de hecho, estadísticamente, la injusticia domine frecuentemente el mundo?

Pues en este caso ocurre lo mismo. A pesar de su frecuencia de hecho, el comportamiento ligado a la masturbación no corresponde a la verdadera regla, a la "norma" auténtica de la sexualidad humana y en este sentido, no es absolutamente "normal".

Por otra parte hay jóvenes que consiguen evitarla perfectamente y no son precisamente unos reprimidos.

Las circunstancias atenuantes

En sí, objetivamente, la masturbación es pues un desorden serio, que contradice gravemente el sentido humano y cristiano de la sexualidad y del amor. A nivel de la experiencia vivida, es decir, desde el punto de vista

subjetivo, es verdad que la gravedad de este comportamiento está a veces atenuada por las circunstancias, sobre todo en la adolescencia o en fases depresivas.

La inmadurez psicológica, el desasosiego interior, el peso de los hábitos, pueden entonces disminuir la responsabilidad personal. Es preciso en estas ocasiones, no digo disculpar sino desdramatizar.

Pero si en el pasado la tentación era culpabilizar excesivamente en este campo, ahora lo es, fuertemente, banalizar el problema como si masturbarse fuera tan inocente como sonarse la nariz.

Resistir la mentira

Jesús dice de Satanás que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44). Y ciertamente el Tentador engaña y seduce a muchos jóvenes –también cristianos- cuando les sugiere que la masturbación no es un pecado. No es ciertamente el pecado más grave que puedes cometer. Pero eso no impide que te haga esclavo, te habitúe a una sexualidad egoísta e inmediata y asfixie en ti la vida espiritual.

Liberarse para una vida entregada

¿Cómo salir de esto si, por desgracia, eres prisionero? Hay medios generales, que tocan al conjunto de la moral sexual y de los que hablaré en la cuarta etapa de nuestra reflexión, que está titulada: “Jesús y la santificación de tu cuerpo”.

Pero de manera específica, ciñéndome sólo a la cuestión de la masturbación en cuanto tal, diría –es una perogullada- que el remedio es el contrario del mal.

La masturbación consiste en un repliegue sobre sí mismo. Contribuirás a liberarte desarrollando en tu vida los comportamientos que te descentran de ti mismo y te abren a Dios, al mundo, a los demás, a tus tareas.

Todo lo que estimula el sentido del trabajo, del compromiso y de la relación, te ayudará mucho. Además, una vida equilibrada en la que no se duerme ni demasiado ni muy poco, en la que se deja un justo puesto al descanso y al deporte, te dispensará de recurrir a la excitación sexual a título de desahogo o de somnífero.

En cuanto a las debilidades pasajeras, a las complicidades oscuras con las excitaciones instantáneas que puedes experimentar, sobre todo en los períodos de fatiga o angustia, deberás confiarlas a la misericordia del Señor.

2. La Homosexualidad

Homosexualidad arraigada y no arraigada

La homosexualidad consiste en la conducta sexual resultante de una atracción erótica preferencial, y a veces exclusiva, en relación con personas del mismo sexo.

Es preciso distinguir la homosexualidad arraigada de la no arraigada. La homosexualidad arraigada experimenta una atracción durable y a veces irreversible ² hacia personas del mismo sexo, atracción acompañada de cierta indiferencia erótica hacia personas del sexo opuesto.

La homosexualidad no arraigada no adopta una conducta homosexual más que a título transitorio, por ejemplo durante una fase de la adolescencia o bien con ocasión de internamiento prolongado y muy cerrado con individuos del mismo sexo.

No confundir la tendencia con la práctica.

No te imagines por ello demasiado deprisa que tú “eres” homosexual porque experimentas eventualmente una relativa ambivalencia en tus tendencias sexuales. Puede tratarse de una ambigüedad ligada

² N. del E. Recientemente se cuestiona que la homosexualidad sea en gran parte hereditaria o biológicamente necesaria. Para profundizar, ver:

http://www.esposiblelaesperanza.com/index.php?option=com_content&view=section&id=47&Itemid=252

a un estado de tu evolución y al hecho de que no has tenido aún la ocasión de anudar una relación afectiva estable.

Además, hay una enorme diferencia entre una tendencia que experimentas interiormente y una tendencia que satisfaces con tus actos.

Si te resientes de una tendencia homosexual pero sin llegar jamás a prácticas homosexuales, tienes muchas posibilidades de que esta tendencia no se haga irreversible ni profunda. Será una dificultad, no un grave obstáculo.

Por el contrario, si cedes a tal tendencia, quizá pasajera en sí misma, corres el riesgo de enraizarla en ti y de encerrarte en la homosexualidad.

Debes distinguir bien entre el comportamiento y la persona

Si quieres ahora apreciar moralmente la homosexualidad, te es preciso hacer una distinción importante: La distinción entre los homosexuales y el comportamiento homosexual. San Agustín decía: "Dios detesta el pecado pero ama a los pecadores".

De modo semejante, la Sagrada Escritura –que es la Palabra de Dios- y la enseñanza de la Iglesia son muy severas en relación con el comportamiento homosexual, al mismo tiempo que las instrucciones dadas por Roma sobre esta materia recomiendan la máxima comprensión hacia los homosexuales³.

Estos últimos tienen tanto más derecho al respeto y a la amistad de sus hermanos en la fe, en cuanto que se trata a menudo de personas que sufren mucho por su situación y por las consecuencias que entraña.

Un amor sin verdadera alteridad y fecundidad

Sobre el plan objetivo del comportamiento, el juicio cristiano, resueltamente negativo sobre la homosexualidad se comprende fácilmente. En efecto, desde el punto de vista cristiano, el amor carnal auténtico se expresa a imagen de la relación conyugal por la cual Cristo-Hombre, representante de la potencia paterna de Dios, se da a la Iglesia-Mujer, a fin de engendrar una vida nueva de hijos de Dios. Se trata de la unión más íntima ("Yo en vosotros y vosotros en mí") en la más grande diferencia (el Señor y su criatura) con vistas a una generosa fecundidad (el innumerable pueblo de Dios).

Objetivamente, el comportamiento homosexual contradice esta estructura de amor cristiano: Niega la diversidad interior del amor, la diferencia de sexos; y con ello niega la fecundidad.

Además, incluso sobre el plan humano o psicológico es notorio que la homosexualidad corresponde a una fijación o a una regresión del instinto sexual a un estadio completo del desarrollo. Es lo que lleva a la relación homosexual a girar en círculo, a menudo en un clima afectivo tormentoso, carente de una verdadera alteridad y de una auténtica fecundidad.

El homosexual ama a otra persona pero esta persona no es resueltamente otro, puesto que es del mismo sexo y la relación establecida no puede conducir a un "tercero", que es el hijo.

La cultura homosexual como rechazo de Dios

El pensamiento cristiano es especialmente severo con lo que podríamos llamar "la cultura homosexual", o sea, la voluntad deliberada de justificar y hasta de exaltar la homosexualidad.

En efecto, no ser por sí solo toda la humanidad sino ser solamente hombre o mujer, sin haberlo escogido, forma parte de nuestra condición de criaturas delante de Dios.

Los que promueven una cultura homosexual tienden a afirmar el señorío soberano del hombre sobre su condición carnal y, por ello, a erigirlo en hombre todopoderoso rival de la todopoderosa potencia paterna de

³ Cfr. Congr. Para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales, 1-X-1986. En La educación sexual (8ª ed.). Colección "Libros mc". Ediciones Palabra, pp. 201 ss.

Dios. En este espíritu, San Pablo, en un texto célebre, liga la cultura homosexual al rechazo de Dios y a la idolatría:

“Por eso Dios los abandonó a los malos deseos de sus corazones, a la impureza con que entre ellos deshonran sus propios cuerpos, pues cambiaron la verdad de Dios por la mentira y dieron culto y adoraron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

Por esto los entregó Dios a pasiones deshonrosas; pues hasta sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza; e igualmente los varones, habiendo dejado el uso natural de la mujer; se abrasaron en los deseos impuros de unos por otros: Cometiendo torpezas varones con varones y recibiendo en sí mismos el pago periculado por su maldad” (Rm 1,24-27).

La tendencia homosexual no es pecado

Pero, ¿qué decir a aquellos que, siendo sinceramente deseosos del bien y aun profundamente cristianos, descubren en ellos una tendencia homosexual involuntaria y permanente?

La distinción entre la tendencia y los actos es aquí capital. Un acto o un comportamiento homosexual es siempre de suyo moralmente grave. Pero la tendencia como tal. Pero la tendencia como tal, en tanto que dato de hecho involuntario, no tiene alcance moral y no es pecado.

La tendencia homosexual es una situación anormal, a menudo penosa, pero no es como tal, una falta. Para el homosexual, como para el heterosexual, todo depende, en el plano moral, del uso libre que se hace de las tendencias espontáneas, sean normales o desviadas.

Pero la tendencia no justifica el comportamiento homosexual

Pero puedes insistir: La persona con tendencia homosexual es como es, su naturaleza es así; ¿por qué no podría seguir su naturaleza en él?

La objeción parece muy fuerte y sin embargo no se mantiene porque, en moral, todo depende del valor objetivo del comportamiento, sean cuales sean nuestras tendencias.

El comportamiento homosexual es intrínsecamente negativo y este carácter negativo no queda suprimido por el hecho de que tenga una tendencia no desenraizable e involuntaria a ese comportamiento.

Hay personas, como los sádicos, que tienen una tendencia profunda a gozar haciendo sufrir; otros, los cleptómanos, los pirómanos, a robar o incendiar, etc.

La presencia de esta tendencia involuntaria no impide que los actos realizados para satisfacerla sean gravemente responsables⁴.

Una llamada a la castidad integral

Pero, entonces, dirás, ¿qué solución concreta se ofrece al o a la que, aun descubriendo una tendencia homosexual, quiere permanecer fiel a Jesús y su alianza de amor?

⁴ Algunas personas, que oyen decir que el SIDA se transmite esencialmente por vía sexual, en relaciones sodomitas (penetración del orificio anal) preguntan si es preciso ver en esta enfermedad un castigo divino. Es un lenguaje muy delicado de manejar. Interrogado sobre el tema por unos periodistas en el avión que le conducía a los EE.UU. Juan Pablo II respondía muy sabiamente: “Es difícil conocer las intenciones de Dios”. Lo que sí es cierto es que, hecha abstracción de toda consideración teológica, el desarrollo de esta enfermedad es una llamada. Desde este punto de vista es rechazable que los organismos y los poderes públicos que se ocupan del SIDA crean deber abstenerse de toda consideración moral y traten la cuestión desde un punto de vista puramente higiénico. Si está fuera de lugar juzgar a las personas, es por el contrario urgente señalar las consecuencias no sólo médicas sino también morales de ciertos comportamientos. Reaccionar frente a esta epidemia con la simple distribución de preservativos masculinos, es, a largo término, agravar el problema contribuyendo a una banalización acelerada del acto sexual.

A título preliminar, respondería en primer lugar que no sería casi nunca sensato aconsejar el matrimonio a un homosexual verdadero. Salvo el caso de simple ambivalencia sexual con posibilidad de ser superada, sería conducir a la pareja a situaciones sin salida.

La única solución auténticamente cristiana al problema es la castidad integral. Exactamente lo mismo que para los heterosexuales que no pueden casarse.

En efecto, hay muchos cristianos que, por motivos independientes de su voluntad, son llevados a asumir lúcida y generosamente un celibato forzoso. La tendencia homosexual puede ser una de las razones por las que un cristiano aceptará, por amor a Jesús, vivir en celibato.

Raramente se tratará de un celibato consagrado en la vida religiosa o sacerdotal, a causa de los peligros graves que tal estado podría comportar. Pero deberá tratarse de un verdadero celibato vivido en un nivel de gran profundidad espiritual.

La experiencia muestra, por otra parte, que, más a menudo de lo que se piensa, esta actitud generosa conduce al desbloqueo y a la normalización de la sexualidad.

Conciliar la caridad con la verdad

Sé que este lenguaje parecerá exigente a los no cristianos y también a ciertos cristianos. Pero ¿no es porque estamos ya intoxicados por los eslóganes que sugieren que el individuo tiene un derecho absoluto a la satisfacción sexual?

Nosotros podemos y debemos, por el contrario, buscar nuestra felicidad integralmente humana en la verdad y en la caridad.

Si es verdaderamente la luz del Señor lo que buscas, comprenderás el lenguaje de la Iglesia sobre la homosexualidad. Es el único que concilia a la vez la verdad sobre la homosexualidad y la caridad con las personas homosexuales ⁵.

3. Las relaciones extraconyugales

1. La fornicación

La masturbación contradice el sentido cristiano del amor como alianza, al ser un ejercicio solitario y egoísta de la sexualidad. La homosexualidad lo contradice de otra manera, dirigiéndose a una pareja del mismo sexo.

Existe, sin embargo, una tercera forma de herir el sentido mismo del amor como alianza, y es mantener relaciones sexuales fuera de la alianza conyugal. Es lo que técnicamente se llama fornicación.

Sexualidad sin compromiso

El juicio de la Sagrada Escritura –es decir de la Palabra de Dios– sobre la unión sexual fuera del matrimonio es de una incontestable severidad. “Pues, habéis de saber: Que ningún fornicario o impúdico, o avaro, que es como un adorador de ídolos, tiene parte en el Reino de Cristo y de Dios” (Ef 5,5) ⁶. Esta severidad se entiende muy bien.

En efecto, en la fornicación, la unión sexual, en lugar de ser la expresión de la entrega de una persona a otra, se convierte sólo en el simple desahogo del sentimiento amoroso o de la búsqueda erótica del placer.

La sexualidad está en este caso dissociada de la verdad cristiana del amor y de las exigencias que brotan de él. Tomo del otro la ocasión que me da el disfrutar momentáneamente de él y de mí, pero no me dono a él, en cuerpo y alma, en un compromiso radical de mi libertad.

⁵ Como para la masturbación y todos los puntos que siguen, reservo a la cuarta parte de nuestra reflexión unas consideraciones más prácticas sobre el modo de vivir la castidad cristiana.

⁶ Cfr. también: 1 Co 5,1; 6,9.12-20; 7,2; 10,8; 1 Tim 1,10, Hb 13,4.

La fornicación, bajo todas sus formas, es evidentemente contraria a la concepción cristiana de la alianza conyugal, pero ya en un plano simplemente humano, desconoce la dignidad de la persona. Es especialmente el caso de las relaciones ocasionales sin futuro, pero también el caso de la cohabitación sin intención de matrimonio; o también lo que abusivamente se llama matrimonio a prueba.

Convivir sin la intención de contraer matrimonio

En la cohabitación sin intención de matrimonio cada uno encuentra en el otro un desaguadero a su necesidad de amar y de ser amado, un remedio a la soledad y una fuente de placer. Pero ¿hay una verdadera donación mutua de las personas? ¿No está acaso minada ésta, desde el principio, por la reserva implícita o explícita que acompaña a toda unión "suelta": "Si no nos entendemos, nos separamos" o "permaneceremos juntos mientras dure nuestro amor"?

En estas condiciones, cada uno ¿no está sometido por el otro, consciente o inconscientemente a un chantaje irrespetuoso. "Si no respondes en todo a mis expectativas, te abandono"?

¿No se corre el riesgo de un desequilibrio permanente entre los que conviven por el hecho de que, probablemente, uno de los dos esperará del otro más de lo que éste estará en condiciones de dar?

El matrimonio a prueba

En cuanto al matrimonio a prueba, contradice aún más claramente el respeto debido a la persona. Se puede probar una máquina, no un ser humano.

Además, esta pretendida "experimentación" está falseada y es ineficaz desde el principio mismo, pues hay problemas –como también hay soluciones- que no se manifiestan más que en el interior de la unión conyugal estable.

Una unión sexual y afectiva antes del matrimonio no es garantía de armonía para el período sucesivo. En efecto, a veces es mucho más tarde, después de varios años de vida en comunión armoniosa, cuando surgen las amenazas de desintegración del amor.

Inversamente, puede suceder que un acuerdo afectivo y sexual inicialmente frágil se fortalezca en el interior del matrimonio, gracias a una maduración amorosa que sólo éste habrá permitido lograr.

Una señal de alarma: La exclusión de los hijos.

Un signo elocuente de que las relaciones sexuales extraconyugales no respetan la verdad íntegra del amor; es que tienden, lógicamente y por principio, a excluir a los hijos, mientras que la apertura a la fecundidad es, como hemos visto, una dimensión sexual del amor.

En caso contrario, si un hijo es acogido voluntariamente o por accidente, su misma presencia impondrá pasar de una unión provisional a un compromiso irrevocable, si al menos la pareja quiere acogerlo de una manera verdaderamente humana.

El matrimonio, ¿es una garantía de éxito?

Quizás objetarás: "De acuerdo con que falta algo esencial a las relaciones sexuales fuera del matrimonio pero el matrimonio no es, sin embargo, una garantía de éxito en el amor humano". Esto es verdad en cierto sentido. El matrimonio, por sí solo, no es automáticamente un seguro de felicidad conyugal.

Además hace falta que esté cuidadosamente preparado sobre la base de un acuerdo suficientemente profundo de las personas y que, una vez concluido, los esposos se apoyen con toda su alma en la gracia vinculada al sacramento del Matrimonio y empleen, de común acuerdo, los medios necesarios para vivirlo fielmente (oración, Eucaristía, confesión, etc.).

3. Las relaciones prematrimoniales entre novios

Un problema muy distinto

Un caso particular de relaciones extraconyugales es el de relaciones sexuales entre la pareja que tiene la intención de casarse o entre prometidos que, por definición, se preparan al matrimonio.

Aquí hay un problema muy diferente del que plantean las simples relaciones de encuentro ocasional o el matrimonio a prueba. En este caso se encuentra una voluntad firme de casarse. La situación es, pues, bastante más compleja.

El matrimonio, condición de una entrega total

A nivel de principios, sin embargo, todo es claro: Cristianamente –y humanamente- la relación sexual expresa el don recíproco total de las personas y su común apertura a una fecundidad que les sobrepasa. No tiene, pues, pleno sentido más que en el interior de una comunidad de vida irrevocable, a imagen –si tú eres cristiano- del don irrevocable de Cristo a la Iglesia sobre la Cruz y en la Eucaristía.

Esto no tiene lugar más que en el matrimonio, por el cual, la promesa humana de fidelidad intercambiada entre el hombre y la mujer, se encuentra englobada en la indefectible fidelidad del Dios hecho hombre.

Por su naturaleza, las relaciones extraconyugales y también las prematrimoniales, carecen de esta realidad del amor cristiano tendente a expresar, por el acto conyugal, una realidad plena que, precisamente, no existe, o no existe aún, en estos casos.

¿Es un formalismo?

Estoy de acuerdo con los principios, me dirás, pero ¡los hechos son distintos! Si tenemos sinceramente intención de casarnos, ¿por qué deberíamos esperar al día del matrimonio para amarnos sexualmente? ¿A cuenta de qué este formalismo?

¿Hace falta una ceremonia para amarse?

Es una cuestión delicada, que voy a intentar tratar con delicadeza. En primer lugar, reconozco contigo que la institución matrimonial y familiar ha sido fuertemente sacudida por las mutaciones del mundo moderno.

De célula económica y social que era para una buena parte en el pasado, la familia se ha convertido, sobre todo después de la industrialización masiva de nuestra sociedad, en el refugio de la vida privada y del calor humano frente al anonimato de la vida profesional y pública.

De aquí procede, cuando se trata de su vida personal –¿y qué hay de más personal que el amor?- la desconfianza de muchos jóvenes frente a la “institución”.

En este contexto, poco importa que nuestro amor haya sido ratificado públicamente por la autoridad civil y religiosa; lo esencial es que nos amamos. Entonces, ¿por qué aguardar a una determinada “ceremonia” para entregarnos el uno al otro?

A veces incluso, las objeciones son más sencillamente prosaicas: “Estamos totalmente dispuestos a casarnos civil y religiosamente, y vemos bien el sentido de ello; pero nuestros padres se oponen mientras no terminemos los estudios y, además, si nos casásemos, perderíamos mucho en el orden económico, etc.”.

Todas estas reflexiones –y otras análogas- tienen peso y tengo que lamentar mucho que, en algunos casos precisos, la celebración del matrimonio religioso independientemente del civil esté prohibido por la ley, lo que arreglaría muchas cosas. Y, sin embargo, estas objeciones dejan de lado el punto esencial.

Una pequeña comparación

Para hacerme comprender bien, recurriré a una comparación que no carece de defectos, como toda comparación pero que será iluminadora, pese a todo.

Yo soy sacerdote desde el 19 de julio de 1964. Bastante antes de esta fecha, desde hacía años, deseaba ser sacerdote y estaba decidido a llegar a serlo. Y, después de los últimos años de mis tiempos de seminario, tenía incluso muy probablemente la formación y la preparación para ejercer este ministerio.

Sin embargo, sólo fue el 19 de julio de 1964 cuando efectivamente llegué a ser sacerdote por la imposición de manos de mi Obispo y cuando pude empezar a celebrar la Misa, a oír confesiones, etc. Si yo hubiese querido hacerlo la víspera, habría sido un fraude. ¿Por qué? Porque un Sacramento, antes que ser el término de mis aspiraciones más sinceras, es un gesto que Cristo realiza en relación conmigo por la intermediación de la Iglesia.

Fue el 19 de julio de 1964 cuando Cristo me dio como sacerdote la Iglesia. Antes yo deseaba ciertamente ser sacerdote pero no lo era todavía.

Comunicarse recíprocamente la presencia de Cristo

A pesar de las diferencias que no niego –el sacerdocio es un ministerio público, el matrimonio no ocurre algo semejante con la alianza conyugal cristiana. Amarse en cristiano no es sólo elegirse mutuamente, es aún más, y sobre todo, comunicarse el uno al otro la presencia de Cristo.

Si es verdad que el amor cristiano recibe su sentido en el interior del amor de Jesús por su Iglesia, entonces no tiene verdadero sentido donarnos uno al otro más que si, en el sacramento del Matrimonio, Cristo nos ha dado el uno al otro para siempre. Antes de este día estamos sin duda ciertamente prometidos el uno al otro pero no aún mutuamente entregados por quien es más grande que nosotros, por Cristo Jesús.

Las relaciones prematrimoniales: Un amor con puerta falsa

Dicho esto, repito que es verdad que los prometidos que se aman sinceramente y están decididos a casarse cometen una falta menos grave, aceptando unas relaciones prematrimoniales que unos jóvenes que por la misma vía querían –ilusoriamente, además- “verificar” su compatibilidad física antes de comprometerse en un amor más profundo.

Pero permanece el hecho de que este comportamiento es objetivamente inconsecuente, anticipando una plenitud que no ha sido real y definitivamente ofrecida. Un signo de que las relaciones prematrimoniales están falseadas es, de nuevo, la exclusión sistemática de los hijos. Esto revela claramente que, en las relaciones prematrimoniales, la sexualidad es vivida en un contexto que, por principio, le priva de uno de sus componentes esenciales.

Una locura llena de sabiduría: Rechazar las relaciones antes del matrimonio

Si sois cristianos, el Señor os propone una locura llena de sabiduría. La de rehusar valerosamente y de común acuerdo las relaciones sexuales antes del matrimonio.

Digo que es una locura porque en un mundo que banaliza sistemáticamente el acto sexual, renunciar a él por amor a Jesús, por respeto a la santidad del matrimonio, es navegar contracorriente y ser peligrosamente inconformista. Pero digo también una locura llena de sabiduría, pues rehusando contribuir a la devaluación de la sexualidad, darás un testimonio que ayudará a otros a subir a la cima.

Además, habrás manifestado la calidad espiritual de tu amor evitando experimentarlo prematuramente en la carne: La unión sexual en el matrimonio será, en efecto, mucho más rica de sentido espiritual -¡y carnal!- si, durante el tiempo de tu noviazgo has respetado sus etapas de crecimiento y maduración.

En fin, el Señor bendecirá especialmente vuestra unión, si, por el amor a Él, no os habéis donado corporalmente el uno al otro antes de haber comulgado juntos en su Cuerpo, en la Eucaristía que ha sellado vuestro matrimonio.

¿Hasta dónde se puede llegar?

Aguardando el matrimonio, ¿hasta dónde se puede llegar?, me preguntan frecuentemente parejas de novios.

Ya adivinas que no hay una receta prefabricada en esta materia. Cada etapa de la maduración humana, espiritual y cristiana del amor debe tener sus expresiones afectivas y físicas apropiadas.

Es normal que los prometidos se manifiesten sensiblemente su amor pero con la reserva que llama al rechazo de pasar hacia la unión sexual.

Y como la experiencia te muestra que este terreno es especialmente resbaladizo, será necesario estar vigilantes, de común acuerdo.

Si las intimidades normales del tiempo de noviazgo, tales como simples besos o caricias amistosas, provocan accidentalmente, en el muchacho sobre todo, una turbación sexual, no hay que dramatizar, pero habrá que afrontar sinceramente la posible obligación moral de suprimirlas. Y por supuesto, será siempre necesario evitar de antemano las situaciones arriesgadas (intimidades prolongadas, desnudeces, etc.) que, por su naturaleza, conducen al orgasmo solitario, a la masturbación recíproca o a la relación sexual parcial o completa.

No quererlo todo inmediatamente

Todo esto no podrá ser vivido sin sacrificio ni quizá sin algún desliz ocasional, pero si acordáis conjuntamente este esfuerzo, os unirá más duradera y profundamente que las experiencias sexuales prematuras, inspiradas por tener todo enseguida. La calidad humana y cristiana de vuestro amor debe pagar este precio.

LA ALIANZA DE LO ESPIRITUAL Y DE LO CARNAL

Dos desconocimientos posibles de esta alianza

Todos los problemas de la vida sexual tratados hasta aquí (masturbación, homosexualidad, relaciones extraconyugales y prematrimoniales) conciernen al sentido mismo del amor como alianza. Los que vamos a abordar ahora conciernen de modo directo a la unidad de lo espiritual y lo carnal en el ejercicio de la sexualidad humana.

Hay dos maneras de atentar esta alianza del espíritu con la carne. Una es aislar lo espiritual de lo carnal y la otra separar lo carnal de lo espiritual.

La primera tentación es la más rara y la más aristocrática pero no está menos cargada de consecuencias que la segunda, más común y vulgar. Comenzaremos por esta última, que es la más fácil de individualizar.

1. La Pornografía y la Prostitución.

Una separación sistemática

Todas las culpas propiamente sexuales consisten en una sobrevaloración de lo carnal en detrimento de lo espiritual. Es, por ejemplo, el caso de la masturbación, que busca el placer sexual fuera de un contexto de amor.

Pero hay desviaciones de la sexualidad que están deliberadamente edificadas sobre la disociación sistemática de lo carnal y de lo espiritual, de la genitalidad y del amor. Pienso en la pornografía y en la prostitución.

El cuerpo, objeto de deseo

La primera se limita de modo directo a exaltar y a comercializar el sexo humano con vistas a satisfacciones egoístas e inmediatas que son lo contrario del amor. El cuerpo humano es exhibido como simple objeto de concupiscencia, con exclusión del espíritu.

Comprar o leer este género de publicaciones, ver este género de filmes, aunque no fuera más que ocasionalmente, sería hacerse cómplice de una empresa satánica de degradación de la sexualidad.

El cuerpo, objeto de transacción

En cuanto a la prostitución, transforma el mismo cuerpo de la persona y no solamente su imagen, en objeto de transacción financiera y de disfrute carnal. Implica una negación práctica de la dignidad espiritual de la persona. Es tan evidente que no vale la pena insistir en ello.

Por el contrario, las desviaciones que consisten en aislar lo espiritual de lo carnal son más sutiles para descubrirlas y nos detendremos más en ellas. Pienso esencialmente en los problemas planteados por la inseminación artificial y la fecundación in Vitro.

2. La inseminación artificial y la fecundación in vitro.

Un problema delicado, la fecundación artificial homóloga

En conformidad con mi propósito, no trataré aquí todos los problemas ligados a las técnicas nuevas de reproducción humana. Mi objetivo es, en efecto, considerar las dificultades cotidianas y, por así decir, universales de la vida sexual, y no los casos excepcionales o las cuestiones específicas de los hombres de ciencia, por muy importantes que sean esos problemas.

Las directrices dadas por Roma en esta materia han desconcertado a un cierto número de cristianos⁷. Yo querría mostrar la validez de su fundamento.

Muchos católicos aprueban sin dificultad la condenación por la Iglesia de la fecundación heteróloga (del griego heteros = otro, extraño), es decir, recurrir al menos a un donante ajeno a la pareja, ya se trate de fecundación in vitro o de inseminación artificial.

En efecto, la alianza conyugal de los esposos exige que no lleguen a ser padre o madre si no es uno a través del otro. Confiere igualmente al hijo el derecho a ser concebido y traído al mundo en y por el matrimonio.

Según la expresión cruda pero iluminadora de un periodista francés, "la fecundación artificial heteróloga, es el adulterio en probeta".

Presenta, en cambio, dificultad a ciertos católicos el juicio negativo, menos grave ciertamente, pero también neto, pronunciado por la Iglesia sobre la fecundación artificial homóloga (del griego homoios = semejante), es decir, que no recurre a ningún donante extraño, ya se trate de fecundación in vitro o de simple inseminación.

En el corazón de la cuestión

¡Cómo!, se dirá; he ahí una pareja profundamente unida y deseosa de dar la vida pero que está impedida por un obstáculo fisiológico. ¿Por qué no autorizarles a concebir un hijo, si existe una técnica que permite superar el obstáculo?

Para enfocar bien el planteamiento del problema hay que ir al fondo de la cuestión y después descartar rápidamente las dificultades periféricas, aunque sean periféricas también.

No es la "técnica" lo que está en discusión

Hay que aclarar, en primer lugar, que el juicio negativo de la Iglesia sobre la fecundación artificial homóloga no está motivado por el simple hecho de que es "artificial" y que hace entrar en juego una "técnica".

Todo el arte médico y, aún más ampliamente, toda la cultura humana reposan sobre el empleo de técnicas, y la iglesia las aprueba y estimula, siempre que respeten la dignidad del hombre.

A la inversa, reconocerás conmigo que no es suficiente con que exista una técnica para que sea moralmente bueno recurrir a ella. La técnica de la bomba de neutrones existe. Pero eso no es una razón suficiente para ponerla en práctica. Es preciso además considerar si, en sí misma, es moralmente justificable.

⁷ Hago alusión a la Instrucción *Donum vitae* de la Congr. Para la Doctrina de la Fe sobre el respeto a la vida humana naciente y la dignidad de la procreación, fechada el 22 de febrero de 1987.

Una técnica limpia es idealmente posible

La fecundación artificial homóloga está la mayor parte de las veces, de hecho, ligada a prácticas más que sospechosas en el plano moral. Así, en la mayoría de los casos, el esperma necesario para la fecundación es obtenido por ola masturbación del marido, acción que, como hemos visto, cualquiera que sea el objetivo perseguido, contradice el sentido de la alianza, haciendo, en este caso, de la eyaculación de esperma, un gesto puramente biológico, objetivamente separado de la plenitud del don conyugal.

Mucho más grave aún: La fecundación in vitro implica corrientemente la sobreproducción de embriones, que no le serán transplantados al cuerpo de la mujer; y serán o destruidos o congelados. Este hecho plantea el problema del aborto en el caso de destrucción de embriones, o de la experimentación con embriones, o al menos, de su manipulación, en la hipótesis de la congelación.

Pero, a pesar de su importancia, dejemos estas consideraciones periféricas, puesto que, idealmente, podría realizarse una fecundación artificial homóloga que no implicase ni previa masturbación ni producción de embriones no transplantados.

Afrontar el verdadero problema

Sin embargo, aun en el caso de una tal fecundación homóloga "limpia técnicamente", el juicio de la Iglesia continúa siendo negativo. ¿Por qué? Esto nos conduce al núcleo de la cuestión.

Un acto concreto de amor en el respeto de la carne

Recordarás que, en la primera parte de este ensayo, he insistido mucho sobre la eminente dignidad del cuerpo a los ojos de la fe cristiana. Esto se verifica igualmente en la concepción cristiana del vínculo entre la concepción cristiana del vínculo entre la concepción del hijo y el acto conyugal de los padres.

El ser humano, en efecto, no es ni solamente carnal ni solamente un alma espiritual: Es la unidad de los dos.

El acto conyugal, por el que los esposos se entregan uno al otro y se abren juntos al don de la vida, es al mismo tiempo indisolublemente espiritual y carnal.

Marido y mujer consuman su unión en sus cuerpos y por sus cuerpos también en su corazón, y así pueden llegar a ser padre y madre. De aquí la convicción profunda de la Iglesia -¡Esposa del Señor!- de que la única manera verdaderamente humana de dar la vida a un niño, reside en un acto conyugal auténtico, en el que los esposos se donan uno al otro, tanto en la verdad de su carne como de su alma.

El único lugar adecuado para el surgimiento de una nueva persona es un acto de amor, a la vez espiritual y físico, y no una sucesión de operaciones técnicas, objetivamente separadas de los gestos del amor, como es el caso de la inseminación artificial o la fecundación in vitro.

La Iglesia valora la expresión sexual del amor

Se reprocha a veces a la iglesia el subestimar la sexualidad. Y eso es falso. La fe cristiana no desvaloriza de ningún modo la sexualidad. ¡Al contrario! Lo que hace es ponerla en su sitio.

Y he aquí que, en esta materia de fecundación artificial, se reprocha a la Iglesia ¡el conceder demasiada importancia al acto sexual! Los que ponen objeciones deberían ponerse de acuerdo sobre lo que quieren...

Sí, la Iglesia, siguiendo a Jesús, concede un gran valor al cuerpo y, consiguientemente, a la expresión sexual auténtica y plena del amor conyugal. Tan es así que la Iglesia considera que el matrimonio entre personas impotentes, incapaces de realizar juntos un acto conyugal completo es inválido y nulo, sin tener en cuenta su eventual esterilidad. Es lo que en Derecho Canónico se llama "impedimento de impotencia".

El peligro de un falso espiritualismo

El nudo del problema está en la tentación sutil de disociar lo espiritual y lo carnal. ¿Cómo razonan, en efecto, los partidarios de la fecundación artificial homóloga?

Los esposos que quieren tener un hijo por este método –dicen- están animados por un gran amor. Desean profundamente dar la vida, se aman entre ellos y tienen además relaciones conyugales verdaderas y completas. Sus intenciones son puras y generosas. Entonces ¿por qué condenar el recurso al único método que les hace accesible engendrar un hijo?

Las intenciones no son suficientes

Se puede, ciertamente, comprender este tipo de razonamiento y simpatizar con él hasta cierto punto pero nunca la fe cristiana –ni una moral filosófica plenamente humana- ratificará este “espiritualismo” desencarnado, que juzga un comportamiento sobre la única base de las intenciones “espirituales”, descuidando el examen de la moralidad intrínseca y objetiva de los “medios” empleados para realizarlas.

Aquí te encuentras con el célebre adagio. “El fin no justifica los medios” o, con más exactitud: “Una intención, incluso excelente, no justifica cualquier tipo de medio para llevarla a cabo”.

La Iglesia reconoce sin reticencia alguna la generosidad que puede animar a las personas que recurren a la fecundación artificial pero pone seriamente en guardia, con valentía, ante ciertos métodos que, por su misma lógica, transforman objetivamente la procreación humana en un acto veterinario objetivamente disociado del abrazo amoroso de los cuerpos ⁸.

La Iglesia, ¿carecerá de piedad?

Pero entonces, dirás quizá, la Iglesia se burla del sufrimiento de los padres estériles, se desinteresa de su drama.

De ningún modo. La Iglesia es una Madre que comprende desde el interior el sufrimiento de sus hijos. Pero es una Madre valerosa que no les oculta la verdad.

Frente a los sufrimientos de las parejas sin hijos, invita a los hombres de ciencia a buscar los medios moralmente aceptables para prevenir la esterilidad o curarla. Además, recuerda con dulzura que si el deseo de un hijo es natural y loable, no hay, sin embargo, ningún “derecho” al hijo.

Un tal “derecho” sería contrario a la dignidad del hijo y arriesgaría a una falsificación de la relación con él, pues el hijo no es nunca “algo debido y exigible” sino un “don” gratuito.

Además la esterilidad física puede ser compensada por otras vías tales como la dedicación a la infancia desprotegida y, sobre todo, la adopción ⁹.

Evitar un mal mayor

Dicho esto, la Iglesia sabe que la esterilidad permanecerá para muchas parejas como una pesada prueba pero juzga con sabiduría que mira a largo alcance, que el mal de la esterilidad física, sobre todo si es vivida en unión a la Cruz de Jesús, es menos grande que el que resultaría de una deshumanización de la reproducción humana.

⁸ Esta reducción de la procreación humana al arte veterinario puede llegar muy lejos. Yo he escuchado a un político europeo declarar que para hacer un niño hace falta una pipeta y un recipiente, y preguntaba por qué el Papa mantiene con tanto empeño que la primera sea el órgano viril del hombre en lugar de una cánula y el segundo, la vagina de la mujer, con preferencia a un tubo de ensayo... Cuando se ponen las cuestiones a ese nivel, no se puede, evidentemente, comprender el lenguaje de la Iglesia.

⁹ Ciertamente hay en la adopción, como en la fecundación artificial heteróloga, una disociación arriesgada entre la paternidad biológica y la paternidad jurídica y espiritual pero, mientras que la fecundación heteróloga provoca esta disociación, la adopción se contenta con poner remedio a esta situación de ruptura ya existente. Por tanto, así como conviene animar y facilitar la adopción de niños abandonados, también hay que velar para que se realice en buenas condiciones. Conviene especialmente evitar que el niño adoptado sea un simple instrumento de felicidad para los padres adoptivos: Debe ser amado por él mismo y tal como es.

Los y las que quieran escuchar lo que el Señor dice en esta materia, por la voz de la Iglesia, comprenderán hasta qué punto es justa y verdadera esta palabra y la experimentarán en su propia vida, si se presenta el caso.

El primer grupo de problemas sexuales examinados concernía a la realidad misma de la alianza conyugal en general.

El segundo grupo –que acabamos de concluir- se refería al carácter a la vez espiritual y carnal del amor auténtico.

El tercer grupo –que abordamos ahora- se relaciona con la indisolubilidad de la alianza conyugal.

LA INDISOLUBILIDAD DE LA ALIANZA

El tercer rasgo del amor humano vivido por Jesús nos va a conducir a examinar las cuestiones que giran en torno al divorcio y al nuevo matrimonio de los divorciados.

1. El divorcio.

Una alianza exclusiva, fiel e irreversible

La única alianza conyugal que se edifica a imagen del amor de Cristo por su Iglesia es la que se quiere como exclusiva, es decir monógama (rechazo de la poligamia), fiel (rechazo del adulterio) e irreversible, es decir, indisoluble (rechazo del divorcio seguido por un nuevo matrimonio).

El primer punto –la monogamia- se ha impuesto y se impondrá progresivamente en todas las culturas. El don de sí, a la vez espiritual y carnal, no puede ser vivido plenamente, a ejemplo de Jesús entregándose a su Esposa, más que de manera exclusiva. Tú y yo solo(a), hasta la muerte.

También desde el punto de vista filosófico, la dignidad de la persona humana reclama esta exclusividad. No se puede, verdaderamente, darse por entero, en cuerpo y alma, a varias personas a la vez. De ahí nace la inaceptabilidad, a la vez humana y cristiana, de la poligamia y del adulterio.

¿Se puede comprometer uno para siempre?

La cuestión de la indisolubilidad del matrimonio es menos evidente. ¿Cómo comprometerse hoy para toda la vida, cuando ignoro una buena parte de mi evolución ulterior y la de mi pareja?

La dificultad es tanto más grande en cuanto la cultura contemporánea, centrándose en lo inmediato y previendo la necesidad de perpetuos reciclajes, incapacita para el sentido de un compromiso a largo plazo.

Sin embargo, sólo un compromiso irreversible en el vínculo conyugal es verdaderamente conforme a la grandeza de las personas, que viven en el tiempo con vicisitudes pero, precisamente en cuanto personas espirituales, dominan el flujo del tiempo y no están dominados por él.

Comprometerse con el otro en el amor de los corazones y de los cuerpos pero sólo por un tiempo o bajo la reserva de los cambios aleatorios de la vida, no es digno ni de mí ni del otro.

Amar de ese modo, no es vincularse a la persona del otro como tal, a su “tú” más profundo sino solamente a una dimensión parcial y transitoria de su ser; o sea, no es amor en el sentido auténtico de la palabra.

Radicalidad de las palabras de Jesús

En un plano cristiano, las palabras expresas de Jesús son de claridad sin sombras:

“Pero en el principio de la creación Dios los hizo varón y hembra; por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne; de modo que ya no son dos sino una sola carne. Por tanto lo que Dios unió no lo separe el hombre. (...) Cualquiera que repudie

a su mujer y se una con otra, comete adulterio contra aquella, y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio" (Mc 10,6-12).

Esta declaración solemne de Jesús es muy exigente pero es de una perfecta coherencia con la alianza en el interior de la cual introduce el Señor a los cristianos que se casan, o sea, en su propia alianza de amor con su Iglesia.

A la imagen de Cristo, ser fiel a otro pase lo que pase

Pero ¿cómo ama Dios a su Pueblo, cómo ama Cristo a su Esposa? Con un amor que se entrega hasta el extremo, a pesar de nuestras traiciones.

Nadie está obligado a contraer un matrimonio cristiano. Pero si lo contrae, la única alianza que es verdaderamente imagen de Cristo es aquella en la que te comprometes con el otro prometiéndole ser fiel a pesar de su eventual infidelidad.

Esto parece una locura y lo es de algún modo. Pero sólo esta locura da testimonio del amor sin límite de Dios.

Tal es la razón por la que, en su derecho, hijo del Evangelio, la Iglesia mantiene que el matrimonio válidamente celebrado entre bautizados, una vez consumado por la unión sexual, es absolutamente indisoluble.

Vuelves a encontrar aquí la gran importancia otorgada al cuerpo por la fe cristiana. Para que un matrimonio sea indisoluble, no es suficiente la celebración del Sacramento, es además necesario que haya sido sellado en la carne.

¿Y los fracasos?

Y ahora te preguntará: ¿Cómo situarse frente a los dolorosos problemas que plantean los fracasos de la vida conyugal?

El caso de los matrimonios nulos

Se dan casos, poco numerosos, en que, después de una investigación minuciosa, la Iglesia puede concluir que, en razón de un impedimento (que lo haga nulo) o de un vicio grave del consentimiento, no existía matrimonio.

En este caso, la Iglesia no disuelve un matrimonio válidamente concluido sino que declara simplemente la nulidad de un matrimonio que, de hecho, no había sido válido. Pero por lo demás, la Iglesia Católica, vinculada por una realidad que la sobrepasa, no se reconoce a sí misma con ningún poder para disolver un matrimonio verdaderamente celebrado entre bautizados y consumado carnalmente ¹⁰.

El matrimonio cristiano exige una seria preparación

Frente a los numerosos fracasos de matrimonios cristianos, es necesario, ante todo, recordar la importancia de prepararse bien para la celebración del Sacramento.

Muchos cristianos aceptan fácilmente la idea de que para destinarse a la vida religiosa sean necesarios dos o tres años de noviciado mientras que los novios se pueden casar expeditivamente, sin un tiempo de preparación. ¿Será menos serio el compromiso matrimonial que el compromiso religioso o sacerdotal?

¹⁰ Muchos cristianos –y lo comprendo– se escandalizan de que la Iglesia no reconozca el derecho a disolver un matrimonio ratificado mientras que permite, a veces, a sacerdotes infieles a su celibato ser dispensados de sus compromisos y casarse religiosamente. Esto produce la falsa impresión de que la Iglesia es inmisericorde con los laicos mientras que los curas se las arreglan entre ellos. Pero de hecho, la situación es diferente. En la cuestión de la indisolubilidad del matrimonio, la Iglesia está obligada por la misma naturaleza de las cosas y por la voluntad expresa del Señor, mientras que el celibato no está necesariamente ligado al sacerdocio y depende de una decisión de la misma Iglesia. La misericordia de la Iglesia puede, en este último caso, disponer de una libertad que no le es concedida en el primero. Aunque permanece el escándalo de un compromiso libremente asumido y quebrantado después. Es justo alegrarse de que, desde hace años, Roma no conceda más que muy difícilmente este género de dispensas que escandalizan al pueblo cristiano.

Si casarse religiosamente no significa apenas más que ofrecer una bella ceremonia en la Iglesia, no debe sorprendernos si la gracia del Sacramento permanece ineficaz.

Apoyarse activamente en los recursos de Dios

Y tras la preparación adecuada al matrimonio, serán necesarios, después de la celebración del Sacramento, los esfuerzos perseverantes para alimentarse y vivir de la gracia que le está unida.

Casándose por la Iglesia, como se dice, dos cristianos piden a Cristo que dé como garantía de su amor el amor mismo con que Él mismo, Jesús, ha amado y ama a su Iglesia, un amor que llega hasta la Cruz y se entrega en la Eucaristía.

En buena lógica, es necesario concluir que un matrimonio cristiano no puede sostenerse más que si el amor de los esposos se alimenta y se fortalece permanentemente, cerca de Cristo, en la oración, la Confesión periódica y la Comunión frecuente con el Cuerpo del Señor.

Si no se empleasen los medios que el Señor ofrece para vivir la Alianza que nos propone, ¿Cómo podría mantenerse bien a través de las pruebas y las tempestades, cómo podría resistir el desgaste del tiempo?

Porque no recurren a esos medios ofrecidos generosamente por el Señor, porque no los prolongan psicológicamente tomando el tiempo necesario para estar juntos y hablarse, demasiadas parejas, desde la primera crisis grave, buscan la salida en la separación.

¡Cuántos divorcios, con las consecuencias dramáticas que suponen en los hijos, habrían podido ser evitados gracias a una vida espiritual cristiana más intensa!

No colocar todos los fracasos matrimoniales en el mismo plano

Pero ¿qué hacer y cómo reaccionar cuando, pese a todo, unos esposos cristianos se han separado o incluso se han divorciado civilmente?

Es conveniente, ante todo, hacer las distinciones necesarias y no meter todos los casos en el mismo saco. El mismo Juan Pablo II ha insistido en ello en su Exhortación apostólica sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual, *Familiaris consortio*, de 1981 ¹¹.

“Los pastores deben saber que, por amor de la verdad, tienen la obligación de discernir bien las diversas situaciones. Hay, en efecto, una diferencia entre quienes se han esforzado sinceramente en salvar el primer matrimonio y han sido injustamente abandonados y los que por culpa grave han destruido un matrimonio canónicamente válido. Hay, finalmente, el caso de los que han contraído una segunda unión con vistas a la educación de sus hijos, y , a veces están subjetivamente seguros en conciencia de que el matrimonio precedente, irreparablemente destruido, no había sido nunca válido” (n. 84,2).

Llenar de valor a los que sufren un abandono

Todos debemos rodear de simpatía a los cónyuges injustamente abandonados, obligados a veces incluso a sufrir el divorcio y que, conscientes de la indisolubilidad del matrimonio, quieren permanecer fieles a su unión, pese a la ruptura de la alianza, y rehúsan contraer un nuevo matrimonio civil.

Contrariamente a una opinión muy extendida, debes saber que, mientras no se comprometan a una nueva unión, estas personas pueden comulgar y participar plenamente de la vida de la Iglesia. Y están más habilitados para ello en cuanto participen más estrechamente del misterio de Cristo traicionado por los suyos.

2. El nuevo matrimonio de los divorciados

Ayudar a los divorciados vueltos a casar

¹¹ Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981. En colecc. “Folletos mc” (10ª edición), nn. 335 y 336.

El caso de los divorciados vueltos a casarse es más difícil. Sean cuales sean las razones, a veces tan comprensibles, que les han llevado a contraer civilmente una nueva unión, queda en pie que su situación contradice objetivamente la indisolubilidad de la alianza, querida por Cristo.

En la huella de la misericordia evangélica, la Iglesia invita, sin embargo, a sus miembros a rodear de afecto a los divorciados vueltos a casar, a fin de que no se sientan separados de la Iglesia.

En el mismo texto antes citado, Juan Pablo II insiste mucho en este punto: "Que la Iglesia ore por ellos, que les anime y se muestre con ellos como madre misericordiosa, y así los sostenga en la fe y en la esperanza" (Familiaris consortio, n.84,2).

Pueden participar en la vida de la Iglesia...

Como los demás bautizados, los divorciados que se han vuelto a casar pueden y deben participar en la vida de la Iglesia en diversos aspectos. Sin embargo, evitarán solicitar tareas que los colocarían en una situación delicada de posible equívoco, como la enseñanza de la Religión, por ejemplo, o la dirección de una escuela católica.

...Pero no pueden comulgar con el Cuerpo de Cristo

El problema más delicado continúa siendo el de su participación en el sacramento de la Eucaristía. La Iglesia pide a los divorciados que vuelven a casarse que asistan a la Misa pero se abstengan de comulgar con el Cuerpo del Señor.

La razón de esta actitud es evidente. Los divorciados casados de nuevo se encuentran en situación objetiva de ruptura con la Alianza nueva y eterna, proclamada por el sacramento del Matrimonio. ¿Cómo podrían entonces, a la vez, proclamar esta misma Alianza nueva y eterna en la recepción del Cuerpo eucarístico del Señor?

Adoptar un punto de vista objetivo

Quizá te choque esto, a primera vista. Es que no es fácil, en la mentalidad común de hoy, adoptar un punto de vista "objetivo".

La Iglesia conoce a sus hijos, ella conoce que a veces las disposiciones subjetivas de los divorciados vueltos a casar pueden ser más generosas que las de otras parejas regulares pero mediocres.

Pero ¿qué ocurriría si, en nombre de esas disposiciones subjetivas loables, la Iglesia olvidase la contradicción objetiva existente entre las segundas nupcias tras el divorcio y la Eucaristía? Haría incomprensible y vana la enseñanza de Cristo sobre la indisolubilidad del matrimonio, y desarmaría y desanimaría a los cristianos que se esfuerzan, al precio de sufrimientos, por ser fieles a la Alianza conyugal, incluso después de haber sido víctimas de una dolorosa traición ¹².

Otra manera de comulgar con el Señor

¿Esto quiere decir que los divorciados vueltos a casar quedan privados de la gracia del Señor? De ninguna manera.

La comunión eucarística es el medio habitual de comulgar aquí abajo con el amor de Jesús por nosotros.

Pero Dios no está prisionero de los sacramentos de su amor. ¿Qué es, en efecto, el comulgar sino encontrarse con el amor crucificado del Señor y tomar parte en el fruto de la vida? Los divorciados vueltos a

¹² Quizá te choque que la Iglesia rehúse la Eucaristía a los divorciados casados de nuevo mientras se ve, a veces, comulgar a cristianos públicamente conocidos por su comportamiento social, económico o político reprobable. Es que es necesario distinguir entre un comportamiento y una situación objetiva de hecho. La Iglesia no puede comenzar a juzgar el comportamiento personal de cada uno, diciendo: "Tú puedes comulgar, y tú no". Ella remite a la conciencia individual de en este caso. En el caso de los divorciados vueltos a casar, la Iglesia no se pronuncia sobre sus disposiciones internas sino toma en consideración la contradicción entre su situación objetiva con el sacramento del Matrimonio.

casar son invitados a este encuentro y a esta participación a través precisamente de su abstención de la Eucaristía.

A estos cristianos y cristianas, marcados a veces por el fracaso de su primer matrimonio, Jesús les dice:

“Tú, mi hermano, tú, mi hermana, comulgarás en mi cruz y en mi Resurrección mediante la renuncia a la Eucaristía. Acepta este sufrimiento por mí y por respeto a mi Alianza de amor y yo, tu Señor y tu Dios, encontraré los medios de reconfortarte y llenarte de otro modo. Pon tu confianza en mí y en mi Iglesia”.

Sucede que algunos divorciados vueltos a casar, a veces con el acuerdo abusivo de sus pastores, se permiten comulgar en lugares donde no son conocidos. Así evitan ciertamente el escándalo, es verdad pero esto no impide que permanezca la contradicción objetiva ¹³ entre este gesto y su situación de hecho.

El Señor juzgará su comportamiento con misericordia pero lo más justo y lo que más les acerca a Dios es que continúen viviendo con amor el “ayuno” eucarístico, si puedo hablar así, al cual el Señor les insta a través de la Iglesia ¹⁴.

La Confesión es, ciertamente, el camino normal de la reconciliación pero a los que no pueden acercarse a este Sacramento en razón de su situación conyugal equivocada, el Señor reserva otras fuentes de perdón, con tal de que su corazón permanezca generosamente abierto a su gracia ¹⁵.

Gran paciencia y mucha dulzura

Te he explicado todo esto de una manera forzosamente rápida. Es evidente que, cuando se explican estas cosas a las personas que se encuentran en esa situación, es preciso emplear todo el tiempo necesario y poner un infinito respeto y mucha comprensión, para no desmentir la palabra del Señor:

“Venid a mí todos los fatigados y agobiados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

Con estas reflexiones hemos terminado de examinar las cuestiones en torno a la indisolubilidad de la alianza. Nos queda por considerar los problemas que gravitan alrededor de su fecundidad.

¹³ Esta solución excepcional puede adoptarse en el fuero interno para recibir la absolución sacramental –y recibir, en condiciones, que eviten el escándalo, la comunión- cuando existe un sincero arrepentimiento, se repara en lo posible el daño causado, se evita la ocasión de pecado futuro –conviviendo sin trato propiamente marital- y cuando otros deberes de justicia o caridad con los hijos o el compañero o compañera del nuevo matrimonio, aconsejen evitar la separación de domicilio. A esta situación excepcional para el fuero interno se refiere Juan Pablo II en *Familiaris consortio*, 84,3. En cualquier caso la obligación de evitar el escándalo exige que se explique a quienes conozcan la situación, el comportamiento y la enmienda de conducta que han iniciado, aunque externamente no lo distinguen quienes no conocen su situación (Nota del T.).

¹⁴ Ésta es la solución cuando no se cumplen las condiciones anteriores o porque no existe verdadero arrepentimiento, o no se evita el trato conyugal, o no existe verdadera necesidad –de justicia o caridad- de mantener la cohabitación en el mismo domicilio con separación de habitación o no se evita el escándalo: “La reconciliación en el sacramento de la penitencia –que les abriría el camino al sacramento eucarístico- puede darse únicamente a los que, arrepentidos de haber violado el signo de la Alianza y de la fidelidad a Cristo, están nuevamente dispuestos a una forma de vida que no contradiga la indisolubilidad del matrimonio. Esto lleva consigo, concretamente, que cuando el hombre y la mujer, por motivos serios – como por ejemplo, la educación de los hijos- no pueden cumplir la obligación de la separación, asumen el compromiso de vivir en plena continencia, o sea, de abstenerse de los actos propios de los esposos”. Juan Pablo II, *Familiaris consortio* n. 84,3 (Nota del T.).

¹⁵ Aunque fuese lograda excepcionalmente por una vía extrasacramental, la reconciliación exige en cualquier caso junto con el arrepentimiento y el propósito sincero de enmienda, la referencia teológica al sacramento (penitencia in voto). A veces la obra de la misericordia de Dios se manifiesta en la paciencia para lograr esas buenas disposiciones, doblegando la inicial dureza de corazón (N. del T.).

LA FECUNDIDAD DE LA ALIANZA

Este cuarto y último aspecto del amor humano, tal como es vivido por Jesús en su Alianza conyugal con la Iglesia, nos va a conducir a tratar de las dos cuestiones muy controvertidas: La de la contracepción y la del aborto.

1. La contracepción

El amor, fuente de vida

La Alianza de Cristo y de la Iglesia es fuente de vida. En su unión, el Señor y su Esposa nos engendran a la vida nueva del Reino. Por eso hablamos de la Iglesia como "nuestra Madre".

Un amor conyugal cristiano no será auténtico más que si se hace eco, incluso en la unión carnal de los cónyuges, de esta fecundidad, sellada sobre la Cruz entre Jesús y la Iglesia.

La implicación mutua del amor y la fecundidad

Este vínculo profundo entre la unión conyugal y la fecundidad no aparece solamente a una mirada cristiana dirigida a la significación última de la sexualidad humana. Una simple aproximación filosófica o psicológica es suficiente para ponerlo en evidencia.

Pregúntate sobre el sentido de este hecho de que el amor del hombre y de la mujer encuentre su consumación en un gesto –la unión sexual- que, por la lógica propia, está abierto, a la generación de una nueva vida y está incluso estructuralmente orientado hacia ella. ¿No es esto un signo bien concreto, inscrito hasta en tu cuerpo, de un vínculo esencial entre el amor y la fecundidad?

Y pregúntate por qué un placer tan vivo, una voluptuosidad tan profunda están ligados al acto carnal. ¿No será porque en él está en juego el destino mismo de la vida? Es obligado concluir que la expansión sexual implica un intenso goce vital porque está tendenciosamente ordenada a la comunicación de la misma vida.

Y en el plano psicológico, no es indispensable ser discípulo de Freud para reconocer hasta qué punto el deseo de inseminación, el instinto de procreación, habita en profundidad tanto los mecanismos psíquicos como fisiológicos de la sexualidad. Sí, tanto a la mirada de la fe como de la razón, aparece una implicación mutua entre el amor sexual y la apertura a la vida.

Una procreación responsable

La cuestión moral de la contracepción se plantea por el hecho de que, en el hombre, el vínculo estructural entre el amor y la fecundidad está confiado a la custodia de la libertad.

En el mundo animal, la reproducción brota, por decir así, mecánicamente, del impulso ciego del instinto.

En la especie humana, por el contrario, la apertura del amor de las personas a la transmisión de la vida, aun estando inscrito profundamente en la lógica de la sexualidad, depende de la responsabilidad de la pareja. Y así aparece la noción de paternidad –o maternidad- responsable.

Traer al mundo un hijo no debe ser necesariamente el resultado de una decisión y de un cálculo lúcidos, pues en la expresión sexual del amor existe legítimamente una parte de improvisación y de espontaneidad. Pero el don de la vida no puede depender sólo del juego del deseo o del azar anárquico del instinto.

Los padres deben transmitir la vida y determinar el número de hijos que acogerán teniendo en cuenta, a la vez, el bien de la pareja, la felicidad de los hijos, la situación económica y social del hogar pero también de las exigencias morales de la apertura del don de Dios.

Los falsos ideales de la sociedad de consumo

Frecuentemente se ha caracterizado la posición de la Iglesia Católica en esta materia, como si recomendase a los esposos tener sistemáticamente el mayor número de hijos que sea posible concebir biológicamente en el interior del matrimonio. ¡Y eso es falso!

La Iglesia invita ciertamente a una fecundidad generosa pero controlada, es decir, atenta a los diversos factores en juego.

Pero es verdad que al insistir sobre la esencial apertura del amor a la fecundidad, la Iglesia, sobre todo en nuestros días, pone en tela de juicio los ideales de nuestra sociedad de consumo.

Ésta inculca a muchas jóvenes parejas que, para su propia dicha y la de los futuros hijos, deben tomarse tiempo para ser felices los dos solos, asegurar primero sus ingresos financieros, establecer sólidamente el confort doméstico, tras lo cual, podrá venir el hijo. En la jerarquía de los valores indispensables para el éxito del hogar, la sociedad de consumo, que ignora el verdadero sentido del amor, coloca en primer lugar el orgasmo a voluntad, la cuenta bancaria, la dotación de electrodomésticos y, en la cola del pelotón, el hijo (o dos como máximo).

Si te dejas atrapar por esta concepción materialista de la felicidad, está claro que serás conducido, como tantos otros, a colocar los primeros años de tu vida conyugal bajo el signo, no de la paternidad responsable sino de la esterilidad sistemática.

La terrible regresión demográfica que amenaza con la extinción de los viejos países de la cristiandad en Occidente, manifiesta las consecuencias mortales de esta sociedad de consumo que, en su egoísmo hedonista, acaba por vaciarse de consumidores.

Una civilización, donde el mismo día del matrimonio la pareja –o al menos la mujer- está ya sólidamente bajo el control de “la píldora”, no tiene ya futuro. Por un vuelco suicida de los valores, se encamina hacia la muerte.

Los medios de regulación de los nacimientos

En la cuestión moral de una justa regulación de los nacimientos, mucho depende de la naturaleza de los medios empleados. Como siempre, en moral no son suficientes las buenas intenciones, es necesario además examinar qué medios se emplean para ponerlas por obra.

Así, por razones evidentes y de las que hablaré más adelante, la conciencia cristiana rechaza absolutamente el aborto como medio de regulación de los nacimientos.

Igualmente es negativa frente a la esterilización voluntaria (ligadura de trompas o de los conductos deferentes), sea temporal o definitiva. En efecto, la esterilización expresa la voluntad deliberada de disociar, durante un largo plazo, la sexualidad humana de cualquier apertura, aun la simplemente posible, a la fecundidad¹⁶.

Métodos naturales y artificiales

El debate es más complejo cuando se trata de los otros métodos –más corrientes- de regulación de los nacimientos. La piedra de tropiezo consiste en que la Iglesia distingue entre métodos artificiales o contraceptivos, por una parte, y métodos naturales por otra; y reprueba los primeros, mientras que declara legítimo el recurso a los segundos.

Algunas precisiones de vocabulario

Precisemos de entrada algunas cuestiones de vocabulario. Por métodos “artificiales” o “anticonceptivos” es preciso entender los métodos que intervienen activamente en el desarrollo del acto conyugal, sea antes, sea durante, sea después del mismo, con vistas a hacerlo infecundo; ya se trate de medios mecánicos (como los preservativos masculinos), químicos (como los espermicidas), físicos (DIU) u hormonales (ciertas “píldoras”).

Por métodos “naturales” es preciso entender los métodos que buscan conocer los períodos infecundos y fecundos en el ciclo femenino, con el fin de limitar las relaciones sexuales sólo a los períodos infecundos, ya se

¹⁶ Puedes subrayar aquí el equilibrio mostrado de la doctrina católica. Para ella, en efecto, la impotencia de los esposos (la incapacidad para realizar el acto sexual) hace inválido el matrimonio. Por el contrario, la esterilidad no es un impedimento para el matrimonio ni permite su anulación. Querer hacer depender el valor del matrimonio de la fecundidad de hecho, es supervalorar la procreación en detrimento del amor. Por el contrario, recurrir a la esterilización voluntaria es exaltar abusivamente el amor sexual (mal comprendido) a expensas de su apertura en principio al don de la vida.

trate del método Ogino (bastante aproximativo), el de la temperatura (que exige un largo tiempo de continencia) o de métodos recientes de observación de índices combinados, muy fiables cuando son bien enseñados y aplicados (cálculo de calendario, observación de la temperatura, de la mucosa cervical del cuello del útero, etc.)

Fines y medios

Observarás que los métodos artificiales o naturales se distinguen unos de otros esencialmente por la naturaleza de los procedimientos empleados (intervención directa en el primer caso, observación en el segundo), mientras que el objetivo perseguido es el mismo en los dos casos, a saber, espaciar los nacimientos o incluso no tener hijos.

Esto te recuerda una vez más que toda esta discusión sobre la regulación de nacimientos trata esencialmente del valor moral objetivo de los medios a los que recurre.

Además te es necesario ver bien que si un fin, aunque sea bueno, no es suficiente para justificar el empleo de no importa qué tipo de medios, a la inversa, no es suficiente el empleo de medios correctos objetivamente para estar automáticamente "en orden" en el plano moral.

Una pareja, que con el objetivo expreso de no molestarse con hijos, recurre permanentemente a los métodos naturales de control de natalidad, contradirá gravemente, a los ojos de la Iglesia, el ideal de amor cristiano y humano.

Ver bien el problema esencial

Una vez proporcionadas estas precisiones indispensables, la cuestión que te planteas es la de saber por qué la Iglesia Católica está tan firmemente opuesta a los métodos artificiales o anticonceptivos de regulación de natalidad¹⁷. Aquí como a propósito de la fecundación artificial es preciso distinguir bien el entramado principal de los periféricos aunque sean importantes.

Las objeciones periféricas

Se puede, por ejemplo, y muy legítimamente estar preocupado por las consecuencias morales muy graves de la generalización del recurso a los anticonceptivos, tanto sobre el plano social y colectivo como sobre el individual.

Es claro, efectivamente, que el uso sistemático y fríamente banalizado de los anticonceptivos anima a la relajación de las costumbres, incluso hasta el desenfreno. Refuerza la irresponsabilidad masculina ("¡ella no tiene más que tomar la píldora!"), mira el sentido positivo del hijo (que empieza a ser percibido como una amenaza), dispone las mentalidades al aborto (como seguro ante los fracasos de la anticoncepción), etc.

En el plano psicológico es más cómodo y rentable a los países ricos imponer a los países pobres unos programas de esterilización o de anticoncepción más que colaborar positivamente a su desarrollo económico. Sin contar que, en todos los programas, es el Estado quien sustituye a los padres y les dicta una concepción de la familia y del hijo.

Todas estas objeciones a la contracepción tienen un peso, que es a veces muy grande, y sin embargo, no van a lo esencial, pues se podría siempre responder que se trata de empleos abusivos de la contracepción, que no suministran argumentos probativos contra un uso moderado en tal o cual circunstancia precisa.

Por lo mismo, la creciente desconfianza en la píldora por razones de orden ecológico permanece también en la periferia del problema.

Se puede, ciertamente alegar, que por esos motivos la puesta en guardia profética de Pablo VI en 1968 contra la contracepción, sea ahora mejor recibida por ciertos hechos a los que inquieta, con justo motivo, esta vejación permanente con los procesos fisiológicos y psicológicos más profundos del individuo por la

¹⁷ Sobre la huella de sus predecesores Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, el Papa Pablo VI ha tomado netamente posición sobre la cuestión en la Encíclica *Humanae Vitae* (1968). Juan Pablo II ha vuelto y vuelve con frecuencia a tratarlo, ya sea oralmente como por escrito. Cfr. sobre todo su Exhortación Apostólica sobre la misión de la familia cristiana: *Familiaris Consortio* (1981).

contracepción, sobre todo en su forma hormonal. Pero éstas son connotaciones higiénicas, que no van al corazón del problema moral planteado por la contracepción.

La cuestión central no es biológica

¿Cuál es el motivo esencial por el que la Iglesia Católica reprueba la contracepción artificial mientras que aprueba los métodos naturales de regulación de la natalidad?

A pesar de las apariencias engañosas suscitadas por el vocabulario empleado, no es el simple hecho de que la primera sea "artificial" mientras que las segundas son "naturales", en el sentido de "respetuosos del orden biológico".

En efecto, un "artificio" no es de suyo condenable. Toda nuestra cultura, nuestra ciencia, todo nuestro saber descansan sobre "artificios", sobre intervenciones del hombre en el curso "natural" de las cosas.

Además los mismos métodos "naturales" son también, de algún modo, "artificiales", puesto que recurren a termómetros, a exámenes detallados, etc., "la naturaleza biológica", no merece, como tal, un respeto absoluto. Por el contrario, toda la civilización está edificada sobre la superación de las demandas primitivas de orden biológico. Por ejemplo, para el hombre, comer es bastante más que limitarse a absorber proteínas o calorías...

Se trata de un problema espiritual

Es necesario que comprendas que a los ojos de la fe –como a mirada de una filosofía adecuada- lo que está en juego en la contracepción es de orden espiritual. Con ocasión de un problema que tiene evidentemente aspectos biológicos (como sabes los ángeles no tienen objetivos anticonceptivos). Es la actitud de la persona ante el cónyuge, ante el misterio de la vida y ante el don de Dios lo que en último término constituye la cuestión.

¿Seremos los dueños absolutos del proyecto divino?...

En la contracepción artificial, el hombre y la mujer se colocan por encima del vínculo estructural y muy profundo existente entre el amor y la fecundidad. Poniéndose en el lugar del Creador, se afirman a sí mismos como los señores que quieren dominar a su gusto, disociando voluntariamente las dos significaciones de la sexualidad¹⁸.

Y al mismo tiempo que manipulan la sexualidad humana y se colocan como árbitro y señores del designio divino, los esposos cesan, por la contracepción, de aceptarse y donarse mutuamente el uno al otro según la verdad de su ser a la vez físico y espiritual.

La mujer acoge en ella al marido pero con el rechazo a su gesto inseminador; el hombre recibe a la mujer pero con la activa negación de su ritmo fisiológico y psicológico propio. Conjuntamente, el hombre y la mujer se acogen uno al otro en la exclusión de una apertura, simplemente posible, a la vida del hijo.

... ¿O somos sus custodios responsables?

La actitud espiritual implicada en los métodos llamados naturales, es, por el contrario, totalmente diferente. Aquí también, ciertamente, los esposos buscan evitar un nacimiento pero lo hacen por un procedimiento cuyo alcance moral es totalmente diverso. Eligen simplemente unirse cuando, independientemente de su voluntad, el vínculo entre el amor y la fecundidad está como un esposo y es inoperante.

Al hacer esto, no se erigen en señores de ese vínculo estructural sino que se comportan más bien como sus servidores o ministros diligentes, como custodios responsables del vínculo, inscrito en el ser y querido por Dios, entre el don mutuo de las personas y su apertura a la vida.

¹⁸ Fijate de paso cómo el problema de la contracepción es exactamente simétrico con el problema de la fecundación artificial. El objetivo es distinto pero el procedimiento es el mismo y consiste en disociar el amor de la fecundidad. En la contracepción artificial se quiere el amor sexual sin la fecundidad y en la fecundación artificial se quiere la fecundidad fuera del acto sexual del amor. La Iglesia es plenamente coherente al reprobar una y otra.

Véase la obra de Ediciones Palabra, Juan Pablo II y Dr. John Billings, El don de la vida y el amor, Regulación natural de la fertilidad, en la Colecc. "Libros mc".

Simultáneamente, por el recurso de los métodos naturales, el hombre y la mujer se acogen recíprocamente y se entregan el uno al otro en el respeto de su ser íntegro, a la vez espiritual y carnal.

La mujer recibe al hombre en la acogida de su sexualidad concreta; el hombre recibe a la mujer en la aceptación de su ritmo específico y de los tiempos que le son propios. Conjuntamente el hombre y la mujer se reciben el uno al otro evitando, ciertamente, suscitar una nueva vida pero sin inscribir ese rechazo en la estructura misma del acto conyugal que realizan.

No digas "no" a la vida

En efecto, estos esposos buscan, por unos métodos naturales, tener una relación infecunda pero sin excluir la fecundidad del conjunto de la vida conyugal y sobre todo –y esto es lo más decisivo- sin que esta exclusión momentánea –y a veces duradera- del hijo perturbe la naturaleza misma del acto sexual como expresión conjunta del don de las personas y de la apertura a la vida.

Dicho de otro modo, lo que es moralmente negativo es instalar voluntariamente el no a la vida en la estructura misma de la sexualidad masculina o femenina y no el tener, por razones válidas, relaciones físicas que serán de hecho infecundas.

Si no fuese así, habría que considerar que las parejas estériles o ancianas no pueden tener relaciones sexuales.

En conclusión, el amor sexual tiene dos fines esenciales: La unión de las personas y la transmisión de la vida. Lo que reprueba la iglesia de Cristo es perseguir el primero, excluyendo el segundo, no sólo a nivel de intención sino por una manipulación sobre el vínculo estructural entre el amor y la fecundidad.

Por el contrario, es moralmente aceptable, por razones válidas, tener relaciones sexuales sólo en los periodos infecundos, cuando ese vínculo estructural no produce sus efectos. En este caso, el primero de los fines citados, o sea, la unión de las personas, es suficiente para dar un sentido verdadero al encuentro sexual.

A partir de estas consideraciones, que llegan al corazón del problema, nos es posible ahora considerar otras consecuencias morales de la elección entre la contracepción artificial y los métodos naturales.

No confundas responsabilidad con dominio

Los resumo de la siguiente manera. La mentalidad técnica nos ha habituado abusivamente a identificar responsabilidad y dominio, como si ser libre en el uso de las cosas consistiese en imponerles un dominio despótico. En nuestros días comenzamos a entrever a qué callejones sin salida conduce tal concepción de la libertad. Incluso en relación con la naturaleza física, empezamos a comprender que la responsabilidad pasa también necesariamente por el respeto. Si continuamos maltratando nuestro medio ambiente, acabará por matarnos. Pues, ¡con mucha más razón cuando se trata de la naturaleza del hombre y de la sexualidad!

En la contracepción, la paternidad responsable se expresa unilateralmente por el dominio absoluto; en los métodos naturales se expresa también y en primer lugar por la escucha y la disponibilidad.

¿Dónde está la verdadera libertad?

Para resolver el problema profundamente humano y moral de la r3gulación de nacimientos, la contracepción se deshace del peso de la libertad descargándola en un objeto de caucho o en un producto químico.

Los métodos naturales, en cambio, exigen un verdadero ejercicio comprometido de la libertad puesto que es necesario un cierto autodomínio, mucho más enriquecedor que la toma de una píldora.

Dicho de otro modo, por los métodos naturales, los esposos adoptan una manera de vivir verdaderamente personal y humana el conjunto de su sexualidad en su doble aspecto de amor y de fecundidad, mientras que por la contracepción, se contentan con controlar las consecuencias biológicas de sus actos sexuales.

Un auténtico compromiso de los dos cónyuges

Desde el punto de vista de la armonía y de la comunión en el seno de la pareja, la contracepción funciona frecuentemente en una dirección unilateral.

Es la mujer quien es bombardeada durante años con hormonas y debe sufrir sus consecuencias conocidas y desconocidas, mientras que el hombre queda libre de todo cuidado. Le basta con vigilar que su pareja tome regularmente las pastillas. Concebida inicialmente para liberar a la mujer, la píldora ha conducido a una nueva y sutil esclavitud.

Los métodos naturales exigen, en cambio, un acuerdo de los dos esposos. Los dos deben aprender a conocer su propio cuerpo y el cuerpo del otro en la acogida y respeto mutuos.

Los dos unidos tienen el cuidado de expresar del modo más adecuado su amor y de administrar su fecundidad.

El testimonio de los matrimonios que están viviendo los métodos naturales de regulación de la natalidad es elocuente, y frecuentemente incluso es conmovedor: El recurso a estos métodos ha dilatado su amor y ha profundizado su vida sexual ¹⁹.

¿Por qué los métodos naturales son más boicoteados?

Aunque el conocimiento de los métodos naturales haya hecho progresos prometedores, en Occidente aún son desdeñados por muchos ambientes médicos e incluso eclesiásticos y sobre todo por los medios de comunicación social. Es comprensible hasta cierto punto.

De entrada, para algunos es humillante que la Iglesia tuviese razón en esta materia y fuera auténticamente profética, cuando se le acusaba de retrógrada y anticuada.

Además, en un primer momento y con mirada miope, es más fácil y expeditivo ir a la farmacia con una receta que iniciarse en un método que recurre al ejercicio de la inteligencia y de la voluntad.

Y no olvidemos tampoco que hay en juego grandes intereses financieros en la contracepción química mientras que los métodos naturales descansan sobre una sabiduría vital que, lejos de toda tutela médico-farmacéutica, se transmite de pareja a pareja, de mujer a mujer, de madre a hija por una educación en la responsabilidad de sí mismo y del otro cónyuge.

Algunas objeciones corrientes

Se objetará que los métodos naturales no son lo suficientemente seguros y que son demasiado complicados. Esto es ignorar a la vez la alta fiabilidad de los métodos recientes cuando son correctamente enseñados y utilizados, y los numerosos fallos de las técnicas anticonceptivas, incluidas las hormonales (un pequeño olvido...); supone además olvidar que los métodos naturales están difundidos con éxito entre poblaciones poco cultivadas y de bajo nivel de vida (Madagascar, India, etc.) ²⁰.

Se objeta, además, que los métodos naturales imponen a los esposos mantener relaciones en el momento en que la mujer, por ser infecunda, lo desea espontáneamente menos. Pero esto es desconocer que esta espontaneidad, como todas las demás, se educa progresivamente y que la contracepción acaba por turbar en profundidad el impulso sexual. Además, esta disminución de la libido en período no fértil está lejos de ser común a todas las mujeres.

Se objeta, por último, que los métodos naturales son inasequibles a muchos esposos que no tienen ninguna preparación para cualquier esfuerzo de autodominio. Es verdad que, sea o no por falta suya, muchos jóvenes lo ignoran todo acerca de la castidad, es decir, de la dirección humana y responsable del deseo sexual.

¹⁹ Si quieres informarte sobre los métodos naturales o ayudar a otras personas a conocerlos, lo mejor es que recurras a un instructor o instructora bien preparados que te podrá proporcionar las informaciones que deseas. En la obra citada de Juan Pablo II y Dr. Billings se da la relación de centros de información y enseñanza de los métodos naturales en España.

²⁰ Es necesario reconocer aquí el trabajo ejemplar realizado en el país malgache por los Drs. Guy y en Calcuta por la Madre Teresa.

Están habituados –o se les ha habituado- a una sexualidad inmediata y anárquica. En estas situaciones humanamente falsas, aunque están extendidas, la falsa solución de la contracepción puede poner, subjetivamente, un mal menor en comparación con la infidelidad conyugal, la ruptura de la pareja, la sobrecarga de los hijos o el aborto. Pero sigue siendo, incluso entonces, objetivamente un mal del que podría liberarse por una educación apropiada.

Las situaciones angustiosas

Quedan las situaciones angustiosas. Pienso especialmente en las mujeres que son víctimas de un cónyuge irresponsable (alcohólico, intemperante) que no les respeta y es capaz- con violencia- de imponerles embarazos manifiestamente contraindicados.

En estos casos, es claro que la mujer se encuentra en situación de legítima defensa, cabe decir, y que la contracepción puede y debe garantizar su justa libertad.

El Señor nos pide por medio de su Iglesia no disociar el amor y la fecundidad pero cuando no existe amor y la mujer es prácticamente violada, aunque lo fuese por su marido, evidentemente no está obligada a preservar su fecundidad ²¹.

Lo que debe ser respetado es el vínculo de la fecundidad con el amor, no con el alcohol o con la violencia del instinto.

Habría que hacer aún otras consideraciones, a la vez espirituales y más prácticas, a propósito de una justa regulación de los nacimientos, pero, como para otros problemas de la vida sexual, prefiero tratarlos en la cuarta y última parte de la exposición dedicada a la práctica cotidiana de la castidad.

Voy a tratar ahora del último problema de esta sección de la tercera parte, que es el del aborto.

2. El aborto.

La eliminación de una vida humana ya concebida

En la contracepción, el rechazo de la fecundidad del amor se limita, en principio, al empleo de medios que impiden la aparición de una nueva vida humana.

En el caso, mucho más grave, del aborto, el rechazo de la fecundidad de la alianza conduce a la eliminación de una vida humana ya iniciada ²².

A pesar de la trascendencia enorme del problema del aborto seré muy breve al respecto, pues, de hecho, no se trata propiamente de un problema de moral sexual sino más bien de una cuestión referente al respeto de los derechos del hombre.

Los derechos humanos del feto

Toda la problemática del aborto se ilumina bastante claramente si se sabe no perder de vista lo que está en juego en primer lugar, o sea, la condición del embrión y del feto humanos. Desde que se reconoce –

²¹ Recuerdo que se trata de prepararse contra una violación (en sentido amplio) por medio de la contracepción; el caso del aborto es totalmente diferente. La condena a muerte de un niño concebido no puede ser un remedio moral ni siquiera para una violación (N. del T.: Por eso, en los casos excepcionales que refiere el autor, el tratamiento anticonceptivo debe ser de tal naturaleza que impida la fecundación y no la implantación del embrión ya concebido, como ocurre con el DIU o muchos preparados hormonales).

²² He dicho que la contracepción se limita en principio a impedir la aparición de una nueva vida. He hecho esta importante reserva porque, en efecto, muchas de las técnicas presentadas al público como anticonceptivos son verdaderamente abortivos, o sea que tienen como efecto único o concomitante impedir la anidación del embrión o destruirlo. Así, el dispositivo intrauterino (DIU) o la mini-píldora y la "píldora del día después" tienen un efecto anticonceptivo y abortivo combinados y la RU 486 es propiamente un abortivo. No son verdaderamente anticonceptivas más que las píldoras que se limitan a impedir la ovulación o provocan la formación de un espeso tapón de moco vertical que impide la penetración de los espermatozoides. Es necesario informarse muy precisamente de los efectos exactos de los productos presentados como anticonceptivos.

como lo impone la biología contemporánea- que el embrión humano es un individuo estrictamente determinado, con un potencial genético propio, desde el instante de la concepción, el problema queda resuelto en su mismo núcleo. Puesto que desde la fecundación hasta la muerte no hay ruptura en el desarrollo del ser humano sino solamente situaciones diferentes, el respeto absoluto debido a la persona humana inocente comienza desde el primer inicio del desarrollo embrionario ²³.

Las coartadas de la libertad de conciencia

Todos los argumentos desarrollados para hacer digno y aceptable el aborto se fundan sobre la puesta entre paréntesis de esta verdad primera.

Así, por ejemplo, cuando se propone dejar la cuestión del aborto a la libertad de conciencia de cada uno y por tanto no prohibirlo legalmente, se razona así porque se hace abstracción del estatuto humano del feto, pues cuando se trata del respeto a la vida de las personas adultas, a nadie se le ocurre dejarlo a la libertad de conciencia individual.

Un feminismo mal interpretado

Lo mismo ocurre cuando se sostiene que el aborto concierne a la mujer y debe ser confiado a su decisión. Se dice algo parcialmente verdadero en el sentido de que la mujer soporta los eventuales inconvenientes del embarazo y así puede ser a menudo víctima de la inconsciencia masculina.

Pero en cuanto al núcleo del problema, este enfoque es engañoso, porque la primera persona a quien concierne no es a la mujer sino al niño que nacerá o no nacerá. Él es el primer sujeto en juego en el aborto.

La ambigüedad del diagnóstico prenatal

De modo similar, cuando se pretende justificar el aborto en el caso de que el niño que va a nacer sea minusválido o sea el fruto de una violación, no se piensa de este modo más porque se olvida el carácter humano del feto, pues, en el caso de personas adultas, nadie sostendrá, salvo casos de perversión moral, que la presencia de una persona limitada o "indeseada", autorizase a eliminarla ²⁴.

Desde este punto de vista, es preciso denunciar la práctica del diagnóstico prenatal cuando tiene como corolario implícito o explícito: "Si el niño que va a nacer no es normal, será eliminado". Si tú trasladaras esta práctica a la humanidad adulta, llegarías inmediatamente a la eugenesia o a la eutanasia sistemática: "Si un examen médico pone de manifiesto que algunos hombres son biológicamente deficientes e irrecuperables, se les puede ayudar a morir".

²³ Si en el pasado algunos teólogos eminentes, como Tomás de Aquino, han pensado que el feto no recibía un alma y no llegaba a ser por tanto verdaderamente una realidad personal hasta después de cierto tiempo (¡40 días para los niños y diez para las niñas!) es porque se inspiraban en una biología deficiente en el plano científico, la de Aristóteles. No concluían por ello, de ninguna manera, que el aborto fuese lícito antes del transcurso de ese tiempo. Hoy, algunos espíritus falsos querrán justificar el aborto precoz y las manipulaciones genéticas, con el pretexto de que, hasta el decimotercero día el embrión no está verdaderamente individualizado, puesto que puede dividirse y dar lugar a gemelos (verdaderos).

Pero la gemelización no prueba que el embrión inicial no fuese un individuo. Es simplemente una forma enigmática de paso de uno a dos individuos. Una forma particular de multiplicación biológica. En cuanto al hecho de que exista un número importante de abortos precoces y naturales de los que la mujer no es consciente, esto no debe turbarte. Algunos dicen:

"Puesto que la naturaleza elimina muchos embriones, ¿por qué no podríamos hacer nosotros lo mismo?" Pero ¿desde cuándo es automáticamente bueno que el hombre libre adopte (por ejemplo, provocando epidemias y terremotos) el comportamiento de la naturaleza? Otros objetan: "¿Cómo se puede pensar que todos esos embriones sean personas y tengan un destino eterno?". Concedo que la muerte precoz de miles de embriones, como el sufrimiento y la muerte de los adultos, forma parte de este mundo decaído, "sujeto a la vanidad" (Rm 8,20), que es el universo presente. Dicho esto, no es más difícil para Dios conducir a su realización eterna a esta multitud de embriones que a la multitud de seres humanos muertos tras el nacimiento. Frente a la plenitud de la vida eterna, todos somos como fetos en desarrollo, personas sujetas a crecimiento.

²⁴ Sé que todo esto merecería desarrollos y matices pero he tratado de ello en otros lugares y no entro aquí en el detalle de esas cuestiones.

El aborto concierne siempre a los demás

En efecto –y esto me parece decisivo- los partidarios del aborto piensan como piensan y logran convencer a gran parte de la opinión pública, sólo porque ellos mismos y quienes les escuchan han nacido ya y no pueden ser alcanzados ellos mismos por el aborto.

Dicho de otro modo, el problema del aborto es el único en el que, quienes hacen las leyes al respecto, no estarán jamás afectados ellos mismos por esta ley ni encontrarán nunca resistencia por parte de sus víctimas.

Es la cobardía lo que está al comienzo de la desmoralización de esta materia.

Puesto que todos los que hablamos de este problema hemos sido respetados cuando éramos embriones y ya hemos venido al mundo, resulta por definición que el aborto siempre afectará a “los otros” y, además a otros sin defensa y sin voz.

Un engaño esclarecedor

Supón por un instante –es una hipótesis ficticia pero iluminadora- que la liberalización del aborto tuviese efectos retroactivos y que en el momento en que se vota la ley, debieran morir todos los que no habrían nacido si esta ley hubiera existido unas decenas de años antes y verías no sólo a los senadores y diputados retirar prudentemente el dedo del botón del voto sino a toda la población suplicando a sus representantes que rechazasen la ley.

Esto sucedería porque entonces todos estarían personalmente afectados porque el aborto no sería sólo una amenaza para “los otros”.

En conclusión, no olvides que tú eres un embrión que has sido respetado.

La cuestión de vida o muerte

Es difícil hablar claramente del aborto a la vez con firmeza y humanidad.

Algunos opositores al aborto, aun teniendo toda la razón en el fondo, se expresan sólo a nivel de principios sin tratar de hacerse cargo y de iluminar las situaciones muy duras en que viven algunas mujeres.

Otros, oponiéndose al aborto, no llegan hasta el fin de su valor y tratan de ganar a la opinión pública proclamando, por ejemplo, que el remedio del aborto es la contracepción, mientras que ésta, como es bien sabido, promueve una mentalidad anti-vida, hostil al año, que conduce, a medio plazo, a la multiplicación de los abortos.

Sin contar con que en Occidente la contracepción sistemática junto con el aborto que contribuye a estimular, provoca una caída catastrófica, y pronto irreparable, de la natalidad. En unas decenas de años, se podrá quizá constatar que Occidente se habrá suicidado o por la píldora y el aspirador de fetos. Será entonces demasiado tarde para recordar la enseñanza solemne del Concilio Vaticano II, recogiendo toda la tradición cristiana y humana: “El aborto y el infanticidio son dos crímenes abominables”²⁵.

De los principios a la práctica cotidiana

Con este rápido examen de la cuestión crucial del aborto, clausuro la tercera parte de nuestra reflexión, que había titulado: Jesús y los problemas de la vida sexual.

Así he sido conducido a explicar el buen fundamento de la palabra cristiana sobre la masturbación, la homosexualidad, las relaciones extraconyugales y prematrimoniales, la fecundación artificial, el divorcio y las siguientes nupcias, la contracepción y el aborto.

Aun entrando con frecuencia en el detalle de las cuestiones, me he mantenido hasta ahora en el plano de los principios.

²⁵ Constitución Pastoral Gaudium et Spes, 51,3.

Pero las dificultades que encuentras en el campo de la castidad no son solamente de orden teórico (“¿dónde está la verdad?”; ¿qué se debe pensar sobre este problema?”, etc.). Son también dificultades de orden práctico: “¿cómo vivir de una manera más casta?”, ¿Cómo librarme de la esclavitud del sexo?”, “¿dónde encontrar la fuerza necesaria para portarse bien?”, etc.

A estas cuestiones muy concretas, referentes a la práctica cotidiana de la castidad, dedicaremos la cuarta y última parte, bajo el título: Jesús y la santificación de tu cuerpo.

4. JESÚS Y LA SANTIFICACIÓN DE TU CUERPO

Un “no” al pecado: Un “sí” al amor

“Glorificad a Dios en vuestro cuerpo”

Al leer la parte precedente de este libro sobre los diferentes problemas de la vida sexual, habrás podido, quizá, tener la impresión de que Jesús, por medio de la voz de la Iglesia y a través del Evangelio, te invita a una actitud únicamente negativa en materia sexual: No a la masturbación, no a la homosexualidad, no a las relaciones prematrimoniales, etc.

Pero realmente, cada uno de estos no es a las deformaciones egoístas de la sexualidad es un sí al amor y un homenaje rendido a la auténtica dignidad del sexo.

Desde el punto de vista cristiano –como también desde el de una seria filosofía moral- las prohibiciones no son nunca lo primero; no son más que la carga negativa del asentamiento que hay que prestar a los verdaderos valores de la vida.

El verdadero terreno de juego de la castidad, es decir, el esfuerzo por canalizar e integrar el instinto sexual, es ante todo positivo. San Pablo lo ha resumido en esta fórmula sorprendente: “Glorificad a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co 6,20).

¡Qué gran perspectiva! La castidad, lejos de ser una virtud mezquina, adecuada para reprimidos, consiste, a través del modo en que respetamos la grandeza de nuestro cuerpo, en dar gracias a este Dios que es el Creador del cuerpo y que, Él mismo, desde la Encarnación, tiene, en Jesús, un cuerpo de carne.

Un texto capital de San Pablo

San Pablo ha dicho lo esencial sobre el sentido cristiano de la castidad en este pasaje de la primera Epístola a los Corintios, del cual acabo de citar el último versículo. Te lo vuelvo a copiar íntegramente, y después sacaré de él las principales orientaciones:

“Todo me es lícito; pero no todo me conviene. Todo me es lícito; pero no me dejaré dominar por nada. La comida para el vientre y el vientre para la comida. Pero Dios destruirá lo uno y lo otro. Por otra parte, el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su poder.

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y ¿voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? De ninguna manera. ¿No sabéis que el que se une a una meretriz se hace un solo cuerpo con ella? Porque dice la Escritura: Serán los dos una sola carne. En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con Él. Huid de la fornicación. Todo pecado que un hombre comete queda fuera de su cuerpo pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co 6,12-20).

Este texto espléndido está lleno de numerosas enseñanzas, entre las cuales yo querría retener las más importantes para comprender el espíritu con el que tú eres invitado por Jesús a vivir la castidad.

Tú no te perteneces

La caridad va más allá de la libertad

En su deseo de subrayar la libertad del cristiano en relación con las múltiples prescripciones de la ley judía, especialmente en materia de alimentos, San Pablo se complace en decir: "Todo me está permitido".

Ya no hay animales puros y animales impuros, no hay distinción entre los alimentos profanos y los alimentos ofrecidos a los ídolos en los cultos paganos: El alimento es sólo alimento.

Los alimentos no tienen en sí mismos un alcance sagrado, están hechos para el estómago y el estómago para llenarse con ellos y digerirlos: "Todo me está permitido".

Sin embargo, añade San Pablo, no todo me aprovecha, pues explica más adelante en los capítulos 8 y 10, que prefiere abstenerse de los alimentos provenientes de los sacrificios paganos si, comiéndolos, escandaliza a su hermano de conciencia poco ilustrada. Por encima de la libertad, están las exigencias de la caridad.

El cuerpo está hecho para el Señor

Y sobre todo, San Pablo quiere desarmar a los libertinos que, en nombre de la libertad cristiana, querían justificar sus excesos.

"Todo me está permitido"; ciertamente yo soy libre en Cristo pero el que se entrega a la impureza justamente no es libre, se deja dominar por la ley de sus instintos.

Con particular atención, San Pablo desmonta el principal sofisma de los libertinos de su tiempo, que sigue siendo actual. Es el sofisma que pone el sexo en pie de igualdad con el estómago. El estómago está hecho para comer para cuando tengo hambre, ¿por qué el sexo no estará hecho para el orgasmo tan pronto como sienta deseo de él?

San Pablo recuerda que el estómago, lo mismo que los alimentos, está destinado a pasar junto con el mundo presente, pues están vinculados con las necesidades de la vida presente, que no se darán ya en la vida eterna. Sin embargo, el cuerpo, en cuanto que expresa a la persona, está destinado a la resurrección. Y también la diferencia sexual, que hace que en lo más profundo de nuestra persona seamos hombres o mujeres, recibe también de Cristo resucitado una promesa de gloria.

En la vida eterna, ciertamente, no tendremos que reproducirnos pero seremos hombres o mujeres para toda la eternidad. La genitalidad pasará pero no la sexualidad.

No se puede, por tanto, poner al mismo nivel el estómago y el sexo, las costumbres alimentarias y la vida sexual.

El estómago puede estar hecho para la digestión y los alimentos pero el cuerpo sexuado, es decir, en último término, la persona sexuada, no está hecha sin más para el apareamiento y el orgasmo; existe para el Señor, está destinada a participar de la gloria del Resucitado, y el Señor es para el cuerpo; Él lo hará en su amor, con su poder; pasar un día de la miseria a la gloria (cfr. Flp. 3,21).

Pertenecer a Jesús

A partir de ahí, todo se ilumina en la concepción cristiana de la castidad. Ante todo, no tienes que ser casto con el simple objetivo de poseerte a ti mismo, de ser señor de tu cuerpo como se dice a veces. Esto sería sólo un ideal pagano, una voluntad de dominio.

Estás invitado a la pureza, porque tu cuerpo no te pertenece, porque es un miembro de Cristo y un templo del Espíritu Santo.

¿Cómo podrían entregar a la impureza este cuerpo que Dios ha rescatado en la Cruz al precio de la sangre de Jesús; este cuerpo que Él ha destinado a la resurrección y ha llenado con su Espíritu?

Este es el ideal cristiano de la castidad: No tanto ser señor de sí mismo sino más bien servidor de Cristo; no, ante todo, poseerte a ti mismo sino pertenecer a Jesús y ofrecerte a Él; no tanto ser dueño de tu cuerpo, para hablar como en otro tiempo, sino respetar en tu cuerpo y en tu sexo el gran proyecto de tu Señor sobre ti.

Gravedad de la impureza

A continuación, el texto de San Pablo te hace comprender la importancia particular de la castidad y la seriedad del pecado de la impureza.

Las culpas sexuales no son sin duda los más graves, puesto que el pecado por excelencia es el pecado de orgullo y el rechazo del amor.

Pero el pecado de impureza es, sin embargo, quizá el más neurálgico, aquél cuyas consecuencias son más perturbadoras, porque alcanza al hombre o a la mujer en su propio cuerpo, es decir, en ese nudo de nuestra condición propiamente humana, a la vez espiritual y carnal, que es nuestro cuerpo.

Y es esta gravedad especial del pecado de impureza lo que tiene presente San Pablo cuando dice: "Todo otro pecado que el hombre puede cometer, es exterior a su cuerpo, pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo".

Y, de hecho, la experiencia nos muestra que el desorden sexual estropea el corazón humano, ahoga la vida espiritual, embota el gusto de las cosas de Dios y paraliza a la persona en su capacidad de relación con el Señor y con los otros, replegándose sobre sí misma.

La impureza es un lodazal del cuerpo y del corazón. Es una perversión del cuerpo y del corazón, de la que sólo te podrá librar un amor más grande.

Ser casto por amor

Diversidad de situaciones

No conozco tu situación particular en este campo. Idealmente sería necesario poder dirigirse a cada uno y cada una individualmente.

En materia de pureza, las chicas, cuya sexualidad es más secreta y difusa, no conocen generalmente el mismo género de dificultades que los muchachos, cuya sexualidad es más exterior y brutal.

Sería necesario también tener en cuenta la diversidad de vocaciones: Las exigencias de la castidad no se presentan exactamente de la misma manera para los casados o para los solteros, para los novios o para los jóvenes que se entregan a un celibato apostólico.

Además existe la diversidad de edades y de temperamentos. La vida sexual plantea problemas diversos a los 15, a los 20, a los 40 o a los 60 años. Algunos tienen un temperamento armonioso en este campo hasta el punto de desconocer las verdaderas tensiones. Otros, por el contrario, están continuamente atormentados por tentaciones verdaderas o hirientes.

Como quiera que seas y cualquiera que sea tu situación personal, querría dirigirte, en el nombre del Señor, una palabra de verdad y de paz, de luz y de estímulo.

Ser puro por el amor de alguien

Cuando piensas en perseverar en castidad que lo seas por causa de alguien y no para conseguir un "alto desarrollo moral"; que lo seas en la humildad de una ofrenda a ti mismo y no en una crispación pretenciosa de tu voluntad.

Si quieres ser puro con objeto de preservar una bella imagen de ti mismo, te expones al orgullo, si lo logras durante algún tiempo o al descorazonamiento si, como es más probable, fracasas en semejante pretensión.

Es infinitamente más verdadero y más justo tratar de ser puro por amor. Por amor al Señor en todos los casos, y sobre todo si le estás consagrado en el celibato ²⁶.

Por amor a tu esposa y a tus hijos, si estás casado. Por fidelidad anticipada a tu esposa si te destinas al matrimonio. Por respeto a la consagración de la persona y por respeto a tu misión, si eres sacerdote o futuro sacerdote. De todos modos, cualquiera que sea tu estado de vida, no te perteneces; la impureza es una traición a otro y una complicidad con un mal que hunde a la humanidad. Es necesario ser casto por amor.

Esperarlo todo de la Eucaristía

Un estímulo para todos

Sé que esto no es fácil, por nuestra gran fragilidad en este terreno. Sé que puedes ser del número de aquellos o aquellas para quienes la castidad resulta especialmente costosa-onerosa. Quizás has sido herido profundamente por experiencias desgraciadas, ya hayas sido tú la víctima o el artífice de ella. Quizás te sientes preso de un grave pasado sexual o de hábitos prolongados. Quizás te sientes torturado en secreto, sin atreverte a hablar de ello con nadie, por tendencias perversas.

Seas quien seas, cualquiera que sea tu pasado o tu presente, el Señor te dirige una palabra de ánimo y te abre un futuro: "Tened valor, yo he vencido al mundo" (cfr. Jn 16,33); "venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré" (Mt 11,28).

¡Qué gran tesoro el Cuerpo de Jesús!

Desearía sobre todo que te enganchases con mucha fe a la Eucaristía. La pureza y la impureza afectan a tu cuerpo. Pues bien, para vivir tu cuerpo y el de los demás en el amor y en el respeto, espera mucho, espéralo todo del cuerpo de Jesús. ¡Qué gran tesoro, para nuestros pobres cuerpos acosados y atormentados, es el Cuerpo Santísimo de Jesucristo presente en la Eucaristía! "Cuerpo de Cristo ¡sálvame!" dice San Ignacio en una plegaria célebre. Que este sea también tu grito, en las horas de la tentación o del pecado. La comunión con el Cuerpo de Jesús, la adoración del Santísimo Sacramento o, incluso, el simple pensamiento dirigido a la Eucaristía, te será de gran ayuda en la tormenta. Y del mismo modo, la plegaria de maría Inmaculada, cuyo cuerpo virginal e íntegro está ya asociado a la gloria personal de Jesús.

Ser casto en el corazón, con la ayuda de lo alto

Ya ves a dónde quiero llegar.

Si deseas, como tantos otros antes que tú, conocer la alegría de la pureza, es preciso no combatir solo las tentaciones sexuales en el terreno mismo del sexo; hay que partir de más arriba. Es necesario dejar descender a ti la fuerza más grande, la delectación victoriosa, como decía San Agustín, que te da Jesús en la Eucaristía.

Es la inocencia de Dios, esta santidad de Cristo, es el amor del Espíritu Santo quienes deben ser en ti, y como desde arriba, la fuente de tu castidad.

Comprenderás entonces la afirmación de Jesús de que la castidad comienza en el corazón y en la mirada antes de traducirse en gestos del cuerpo:

"Cualquiera que mira a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón" (Mt 5,28), "es del interior, del corazón del hombre, de donde nacen los deseos perversos: Los adulterios, las fornicaciones, los

²⁶ Como quiero hablar aquí exactamente de los problemas sexuales del amor humano, no desarrollo más ampliamente la cuestión del celibato apostólico. Digo solamente esto. Hay dos maneras indispensables y complementarias de dar testimonio, aquí abajo, del amor de Dios. La primera es mostrar que este amor es tan grande que es capaz de transfigurar el amor humano incluso en su dimensión sexual. Es el testimonio prestado por el matrimonio cristiano. La segunda manera es mostrar que el amor de Dios es tan grande que es capaz de llenar él solo el corazón de un hombre o una mujer. Es el testimonio prestado por el celibato "por el Reino de los Cielos". No he hablado aquí más que del matrimonio. Pero aquellos y aquellas que se sientan llamados al celibato por el único amor de Jesús y su Iglesia deben saber que es una vocación maravillosa. El Señor está lleno de delicadezas hacia aquellos y aquellas que le reservan todo su corazón y todo su cuerpo.

homicidios" (cfr. Mc 7, 21-22). Por la oración, por la Eucaristía, permitirás al Señor santificar tus pensamientos, tus deseos, tus miradas y tus imaginaciones, antes aun de curar tu cuerpo.

Y es necesario comenzar por ahí: Es imposible ser casto de cuerpo si no se es de corazón.

"¡Alma de Cristo, santifícame; Cuerpo de Cristo, sálvame!"

Confiar en la misericordia del Señor

El perdón que cura

¿Hay que desanimarse si, pese a todo, tienes la experiencia repetida de la debilidad? No. Es preciso contar mucho más aún con la misericordia de Dios, con su corazón que acoge nuestra miseria.

¡Cuánta energía, cuánta perseverancia experimentarás junto al Señor, si le permites encontrarte, exactamente en tu situación, en el sacramento del Perdón!

Confesarte regularmente no es sólo dar en la diana e impedirte instalarte en la mediocridad; es aún más dar a tu Dios la oportunidad de amarte tal como eres, de perdonarte tus faltas, y de curar las heridas de tu corazón y de tu cuerpo.

Por esta gracia maravillosa de la misericordia, aun el mismo pecado, una vez perdonado, se convierte en una fuente de reconocimiento y de amor.

Y las tentaciones se transforman en ocasión de regresar al Señor y expresarle nuestra preferencia: "Finalmente, te amo más a ti, Señor, que a todas mis miserias..."

Su amor es más grande que nuestro pecado

No tengas miedo de reconocerte pecador ante tu Señor. Él sabe de qué estamos hechos. Conoce nuestra fragilidad pero no se deja descorazonar por ella, pues su amor es más grande que nuestro pecado. ¿Por qué ha permitido que, sobre la Cruz, Jesús, el Inocente, haya sido como identificado con el pecado? ¿Por qué ha hecho de Él "El cordero de Dios que quita los pecados del mundo" sino para que te sientas alcanzado, comprendido, abrazado por el amor de Dios sea cuál sea tu pecado?

No pretender hacerse el inocente

Lo esencial es no llamar nunca bien a lo que está mal. Constatarás sobre este punto un fenómeno sorprendente.

En todos los otros campos de la vida moral, la mayor parte de los cristianos aceptan sin demasiado esfuerzo que, a veces, son pecadores y, a veces, no se inquietan por ello desmedidamente. Saben que faltan cotidianamente al ideal de la caridad y de la justicia, y no piden que se les disculpe por el simple hecho de que el ideal se oponga a sus tendencias espontáneas.

En cambio, en materia sexual, muchos católicos querrían ser blanqueados a priori. Desearían que la Iglesia les declarase que la masturbación no es un pecado, que las relaciones prematrimoniales están permitidas, que la contracepción es un bien, etc.

¿Por qué ese tabú en el plano sexual? ¿Por qué se quiere ser, por principio, irreprochable en este terreno?

El Señor te pide más bien reconocer humildemente tus debilidades y tus faltas, en esta materia como en las demás, y confiar en su fidelidad más grande que todas nuestras infidelidades. Este doble reconocimiento de la verdad de tu pecado y del perdón de Dios te hará libre.

Todo puede ser salvado

Y si, pese a todo, a pesar de tu buena voluntad y de recurso a estos Sacramentos de la curación interior que son el Perdón y la Eucaristía, te sintieras como si estuvieras marcado, a causa del peso de los hábitos, por una herida aparentemente incurable, entonces esta prueba se transformará en una cruz que podrás unir a la Cruz victoriosa de Jesús.

De modo que, lo repito, seas tú quien seas y sea cuál sea tu situación personal, hay siempre una salvación posible para ti. Si no, Dios no sería Dios y nuestro pecado sería más fuerte que su amor. La única desgracia irreparable sería desesperar voluntaria y definitivamente de la misericordia.

"¿Qué diremos a esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas? (...). ¿Quién nos separará del amor de Cristo?

Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni las cosas presentes ni las futuras, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni cualquier otra criatura (2) podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8,31-32.35.38-39).

La Paz a través de la confianza

En el combate que debes mantener para vivir en la castidad, es decir para glorificar a Dios en tu cuerpo y contribuir así a liberar al mundo de la esclavitud de la impureza, que ésta sea la fuente de tu valentía, de tu confianza y de tu paz.

"En efecto, Dios no nos ha llamado para que seamos impuros sino para que vivamos en la santidad" (I Tes 4,7).

2. Me atrevería a añadir al texto de San Pablo "ni aun el pecado", pues incluso el pecado reconocido como tal y confiado a la misericordia del Señor, no puede separarnos del amor de Jesús.